

SERVICIO SECRETO

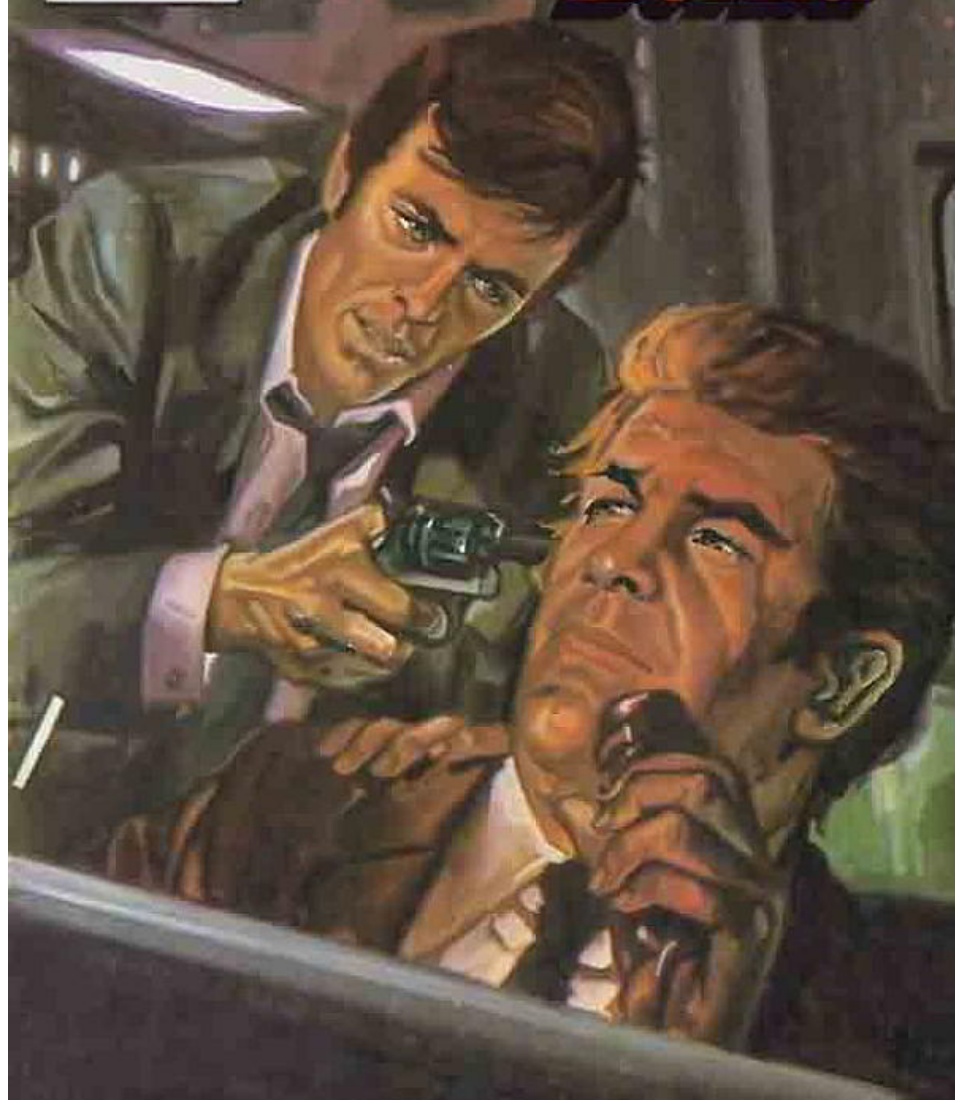
**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIACO

**MISION EN  
ATLANTIC CITY**

**Joseph  
Berna**



Larry Gurney estacionó su coche, un Dodge azul oscuro, frente al Departamento Central del FBI. Salió del vehículo y se introdujo en el edificio, yendo directamente al bar.

Larry, agente del FBI desde hacía ocho años, contaba en la actualidad treinta y tres. Era, como la mayoría de los miembros del cuerpo, un tipo alto y fuerte, ágil, atlético. Tenía el pelo negro y las facciones conectas.

Vestía un traje marrón y una bonita camisa de cuello abierto, lo que le evitaba la molestia de tener que ponerse corbata. Aunque no siempre podía prescindir de ella, claro.



Joseph Berna

# Misión en Atlantic City

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1764**

ePub r1.1

Lds 11.03.19

Título original: *Misión en Atlantic City*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

Larry Gurney estacionó su coche, un Dodge azul oscuro, frente al Departamento Central del FBI. Salió del vehículo y se introdujo en el edificio, yendo directamente al bar.

Larry, agente del FBI desde hacía ocho años, contaba en la actualidad treinta y tres. Era, como la mayoría de los miembros del cuerpo, un tipo alto y fuerte, ágil, atlético. Tenía el pelo negro y las facciones conexas.

Vestía un traje marrón y una bonita camisa de cuello abierto, lo que le evitaba la molestia de tener que ponerse corbata. Aunque no siempre podía prescindir de ella, claro.

Larry alcanzó el bar, en el que se encontraban algunos compañeros suyos, desayunando o tomando simplemente café.

—Hola, chicos —les saludó, antes de ocupar uno de los taburetes que se alineaban frente a la barra.

Sus compañeros correspondieron, unos de palabra y otros simplemente con el gesto.

—Un café con leche, Rudy —pidió Larry al tipo que atendía la barra.

—Enseguida.

—Tendrás que tomártelo rápido, Gurney —dijo uno de los agentes.

—¿Por qué, Morton?

—El jefe te está esperando.

—¿De veras?

—Sí, parece que le urge hablar contigo —dijo otro de sus compañeros.

—¿Sabéis de qué se trata? —preguntó Larry.

—No —respondió

O'Malley,  
otro agente del FBI.

—Apuesto a que te tiene reservada una misión, Gurney —habló un tercer agente.

—Espero que te equivoques, West. Todavía no me he recuperado de la última, que por cierto se las traía —rezongó Larry.

—Pero la llevaste a cabo brillantemente. Gurney —recordó Morton, con una sonrisa—. Y cuando un agente obtiene un éxito como ése, su cotización sube.

—Y le llueve el trabajo, claro —añadió  
O'Malley,  
con ironía.

—Vas a tener que comprarte un paraguas, Gurney —dijo West, en el mismo tono—. Sois un hatajo de guasones —gruñó Larry.

Sus compañeros rieron.

Rudy le había servido ya el café con leche, así que Larry se lo tomó y se apeó del taburete.

—Ya os diré de qué se trata, muchachos.

—Suerte. Gurney —deseó Morton.

—Y si la misión es en un club de *strip-tease*, dile al jefe que necesitas ayuda y elígeme a mí —pidió  
O'Malley.

—¡No, a mí! —exclamó West.

Larry pegó un manotazo al aire.

—¡Al diablo con vosotros! —barbotó, y abandonó el bar, acompañado por las risas de sus compañeros.

Poco después entraba en la antesala del despacho de Howard Corbett, en la que trabajaba Florence Hyland, su secretaria.

—Buenos días, Florence.

—Hola, Larry —respondió la muchacha, una pelirroja joven y atractiva, sentada al otro lado de su mesa.

—Me han dicho que el jefe quiere verme.

—Así es.

—¿Sabes para qué?

—No tengo la menor idea.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentirte...?

—Para tenerme en vilo un poco más.

La secretaria de Corbett soltó una risita.

—Yo no gozo haciendo sufrir a la gente, Larry.

—¿Cómo gozas tú, Florence? —preguntó el agente, apoyando las manos en la mesa y acercando su rostro al de ella.

La pelirroja no se hizo atrás.

—Adivínalo —dijo, con una atrevida sonrisa.

—No me sería difícil, si nos viéramos una noche.

—¿En tu apartamento o en el mío?

—Lo dejo a tu elección, preciosa —respondió Larry, y la besó en los labios.

Justo en ese momento, se abrió la puerta del despacho de Howard Corbett y éste se asomaba, sorprendiendo a Larry y Florence con las bocas unidas.

—¡Muy bonito, hombre! —exclamó, furioso—. ¡Yo más de una hora esperándote y tú dándote el pico con mi secretaria!

Larry, que se había separado bruscamente de Florence, tosió y dijo:

—No es lo que usted cree, jefe.

—¿No...?

—A Florence se le ha metido algo en el ojo.

—Y tú intentabas sacárselo por la boca, ¿no?

El agente tosió de nuevo.

—Jefe, yo le aseguro que...

—¡Basta de excusas y entra en mi despacho, Gurney! —ordenó Corbett.

—Sí, jefe.

—¡Y contigo ya hablaré después, Florence! —barbotó Corbett, apuntando con el dedo a su secretaria.

La pelirroja, muy nerviosa, dijo:

—Lo del ojo es cierto, señor Corbett. Se me metió algo en el derecho y no veo bien.

Se lo frotó, para dar veracidad a sus palabras.

Howard Corbett estuvo a punto de soltar un taco, pero logró reprimirse y respondió:

—Espero que consigas solucionar tu problema sin la «ayuda» de Gurney, porque tardará en salir de mi despacho.

—Me las arreglaré sola.

—Estoy seguro —gruñó Corbett, y cerró la puerta de su

despacho.

Segundos después, estaba sentado en su sillón.

—Siéntate, Gurney —invitó.

El agente obedeció.

—No has dormido en tu apartamento, ¿verdad? —preguntó Corbett.

—¿Cómo lo sabe?

—Te llamé y no cogió nadie el teléfono.

—Ya.

—¿Con quién has pasado la noche?

—Con una amiga a la que hacía tiempo que no veía. Me tropecé con ella casualmente, me propuso cenar en su apartamento, y...

—Y acabasteis en la cama, claro.

Larry carraspeó.

—Fue inevitable, jefe. La chica está como quiere y uno no es de piedra. Usted en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—¡Yo sólo hago el amor con mi mujer!

—Porque esté casado, jefe. Si fuera soltero como yo, picotearía hoy aquí y mañana allá. Es lo que hacen todos.

—Tú ya no podrás hacerlo más, Gurney.

—¿Por qué?

—Vas a perder tu soltería esta misma tarde.

El agente creyó no haber oído bien.

—¿Qué dice que voy a perder esta tarde...?

—Tu soltería.

—Eso sólo se pierde cuando uno se casa.

—Exacto.

—Yo ni siquiera tengo novia, jefe.

—Lo sé. Por eso me he encargado yo de buscártela. La muchacha se llama Stefanie Kendall y será tu esposa esta tarde. Y yo seré el padrino, Gurney —hizo saber Corbett.

## CAPÍTULO II

Larry Gurney se había quedado con la boca abierta.

No era para menos, claro.

Las palabras de Howard Corbett hubieran llenado de perplejidad a cualquiera. Sin embargo, cuando vio que su jefe era incapaz de reprimir la sonrisa, Larry se dijo que Corbett le estaba tomando el pelo y se echó a reír, exclamando:

—¡Muy buena, jefe!

—¿La qué?

—¡Su broma!

—¿Qué broma?

—¡Lo de casarme esta tarde con esa tal Stefanie!

Howard Corbett movió la cabeza en sentido negativo.

—No es ninguna broma, Gurney.

—¡Oh, vamos, jefe! ¿Es que va a seguir tomándome el pelo...?

—Te unirás esta tarde en matrimonio a Stefanie Kendall. Es imprescindible para poder llevar a cabo la misión que pienso encomendarte, Gurney.

—¿Misión...? ¿Qué misión?

—Tienes que ir a Atlantic City. Están pasando cosas raras en El Dorado, un lujoso hotel que es a la vez casino. Es propiedad de Ralph Drake, un tipo con muy pocos escrúpulos, según parece. Quiero que averigües lo que ocurre allí.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi matrimonio con esa Stefanie Kendall...?

—Nadie sospechará de una pareja de recién casados, procedentes de Washington, que han decidido pasar su luna de miel en uno de los mejores hoteles de Atlantic City, en donde, además, pueden probar fortuna en la ruleta, los dados, los naipes o las

máquinas tragaperras.

—Pero...

—Si fueras solo, Gurney, la misión sería mucho más difícil. Causarías desconfianza entre la gente de Ralph Drake y seguramente no averiguarías nada. Ellos, en cambio, podrían averiguar que eres un agente del FBI y eliminarte.

—Me parece muy bien lo de ir acompañado de una mujer e inscribirla como mi esposa, pero no tiene por qué serlo de verdad, jefe. Bastará con que finjamos que somos una pareja de recién casados. Y eso no será difícil.

Corbett movió de nuevo la cabeza.

—Es mejor que todo sea legal, Gurney. Si os casáis de verdad, nadie podrá demostrar que vuestro matrimonio es falso.

El agente saltó del sillón.

—¡No puedo casarme sólo porque tengo que llevar a cabo una misión, demonios! ¡Con una mujer, además, a la que no conozco de nada!

—Te gustará, Gurney —aseguró Corbett—. Tiene veinticinco años, una preciosa cabellera rubia, unos maravillosos ojos azules, unos labios tentadores, y un cuerpo sensacional.

—¡Pero no la he elegido yo, sino usted!

—Tengo tan buen gusto como tú.

—¿Se casaría usted con la mujer que yo le eligiera, jefe...?

—No, porque ya estoy casado —recordó Corbett, sonriendo.

—¡No es justo, maldita sea! —gritó Larry, descargando un puñetazo sobre la mesa—. Tranquilo, Gurney. Cuando conozcas a Stefanie, me agradecerás que pensara en ti para esta misión.

—¡No pienso conocerla, jefe!

—¿Qué?

—¡Rechazo la misión!

Ahora fue Corbett quien saltó del sillón.

—¡No puedes negarte, Gurney!

—¡Mande usted a otro agente! ¡A Morton! ¡A

O'Malley!

¡A West! ¡Tiene donde elegir!

—¡Te necesito a ti, Gurney!

—¡Pero yo no necesito una esposa!

—¡Pues divórciate de ella, cuando la misión haya terminado!

—¿Eh...?

—¡Puedes hacerlo perfectamente! ¡Stefanie Kendall no se opondrá, te lo aseguro! Larry reflexionó.

—¿De veras no tendré luego problemas para deshacer ese forzado matrimonio...? —preguntó.

—Ninguno.

—Eso cambia las cosas, jefe.

—¿Quieres decir que aceptas la misión?

—Bueno, si la muchacha es tan sensacional como usted dice, sería tonto que yo rechazase la oportunidad de pasar unos días con ella en un lujoso hotel-casino de Atlantic City haciendo vida matrimonial. No importa que yo no la ame, ni que ella no me ame a mí. Podemos divertirnos igualmente.

Corbett apretó los dientes.

—Sólo piensas en eso, ¿eh? ¡En divertirme!

—Le recuerdo que a Stefanie Kendall me la ha ofrecido usted, jefe —carraspeó Larry—. No la he buscado yo.

—¡Lo he hecho obligado por las circunstancias!

—Ya lo sé.

Corbett resopló y volvió a sentarse en su sillón.

—Siéntate, Gurney —gruñó.

—Creí que habíamos terminado ya de hablar.

—¡Aún queda mucha tela que cortar!

El agente se sentó de nuevo y dijo:

—Hablando de tela... ¿Qué hay del sastre?

—¿Sastre...? —Pestañeó Corbett—. ¿Qué sastre?

—Necesitaré un traje elegante para casarme, ¿no?

—¡Te casarás con uno de los tuyos!

Larry sacudió la cabeza.

—Me niego rotundamente. O me compra un traje nuevo, o no hay boda.

—¿Que te lo compre yo...?

—Para eso es el padrino, ¿no?

—¡Vete al cuerno, Gurney!

—Por favor, no me mencione la palabra cuerno en el día de mi boda, jefe, porque dicen que trae mala suerte y luego la esposa le pone los dos al marido.

Corbett le apuntó con el dedo índice.

—¡No estoy para chistes, Gurney!

—De acuerdo, vayamos al grano. Si tengo que casarme esta tarde, no me queda mucho tiempo para prepararme. Y lo del traje nuevo no era broma, ¿eh? —advirtió el agente—. Si no quiere usted pagarlo de su bolsillo, que lo pague el Departamento. Y que pague también los puros.

—¿De qué puros hablas...?

—De los que usted, como padrino de boda, está obligado a obsequiar a los invitados varones.

—¡No habrá invitados, ni varones ni hembras! Y por supuesto tampoco habrá puros.

—¿Por qué?

—¡Será una ceremonia íntima!

—Quiere ahorrarse los puros, ¿eh? ¡Qué padrino tan roñoso!

Corbett volvió a apuntarle con el dedo índice, ahora tembloroso de furia.

—¡Gurney...!

El agente levantó la mano derecha en son de paz.

—De acuerdo, jefe, olvidémonos de los invitados y de los puros, y hablemos de mi misión en Atlantic City.

\* \* \*

Howard Corbett y Larry Gurney estuvieron hablando casi una hora de Ralph Drake, su hotel-casino, y las cosas raras que venían sucediendo en él.

Después, Corbett se puso en pie y dijo:

—Vámonos, Gurney.

—¿Adónde, jefe?

—Quiero que conozcas a la que va a ser tu esposa.

—Es una gran idea —sonrió el agente.

Salieron los dos del despacho.

Larry carraspeó y preguntó:

—¿Cómo va tu ojo, Florence?

—Ya lo tengo bien, gracias —respondió la pelirroja.

—Me alegro.

—¿Qué se te había metido en él? —preguntó Corbett—. ¿Una piel de plátano...?

Su secretaria emitió una risita.

—¡Qué exagerado es usted, señor Corbett!

Larry, que también reía, palmeó la espalda de su jefe como si éste fuera un amigo de toda la vida.

—¡Qué chiste tan bueno, jefe!

Corbett lo miró severamente.

—¿Quieres dejar de apalearme los lomos, Gurney?

El agente retiró la mano enseguida.

—Lo siento, jefe. Yo solo...

—Vamos.

Corbett echó a andar con paso raudo y Gurney le siguió, no sin antes lanzarle un beso al aire a Florence, con disimulo.

La secretaria se lo devolvió, con una sonrisa que prometía mucho.

Por ese lado, Larry lamentó tener que irse a Atlantic City, aunque si Stefanie Kendall era tan hermosa como Howard Corbett aseguraba, no se acordaría demasiado de Florence. Poco después Corbett y Gurney salían del Departamento, se introducían en el coche del primero, e iban en busca de Stefanie Kendall.

Quince minutos más tarde, Corbett estacionaba su coche frente al edificio de apartamentos en donde vivía la muchacha.

—Stefanie ocupa el apartamento

38 D

—informó.

—¿No sube usted, jefe? —preguntó Larry.

—No, prefiero que habléis a solas. Lo haréis con más libertad. Mi presencia os cohibiría a ambos.

—De acuerdo —sonrió el agente, alegrándose de la decisión de su jefe, y salió del coche. Tan pronto como se introdujo en el edificio, Corbett abrió la guantera del coche, extrajo un pequeño transmisor, y lo accionó.

—¿Stefanie...?

—Le escucho, señor Corbett —respondió la joven.

—Larry Gurney llamará a tu puerta en un par de minutos. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Larry Gurney estaba ya frente al apartamento 38 D.

Hizo sonar el timbre y esperó a que Stefanie Kendall, la muchacha con quien Howard Corbett le obligaba a casarse para

poder llevar a cabo su misión en Atlantic City, le abriera.

Eso sucedía a los treinta segundos exactos.

Al ver a Stefanie, el agente se relamió de gusto con el pensamiento, porque la joven, efectivamente, estaba sensacional. Podía apreciarse al primer golpe de vista, porque lucía una corta bata de baño y sus maravillosas piernas quedaban casi totalmente al descubierto.

Lo demás no estaba a la vista, pero no había que ser un entendido en mujeres para adivinar que era tan prodigioso como sus extremidades inferiores.

La belleza rubia hizo como que no conocía al agente.

—¿Qué desea?

—¿Stefanie Kendall...? —preguntó Larry.

—Sí.

—Soy Larry Gurney, el hombre con quien te vas a casar esta misma tarde.

La chica sonrió y le tendió la mano.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío —respondió Larry, estrechándole la mano.

Stefanie se giró bruscamente, se inclinó un poco, y tiró del brazo del agente, volteándolo espectacularmente por encima de su cabeza.

Larry, totalmente desprevenido, nada pudo hacer por evitar la llave de judo y se estrelló duramente contra el suelo. No pudo reprimir un grito de dolor, seguido de una maldición.

—¿Qué demonios...? —barbotó, mirando a la hermosa rubia.

—¡Impostor! —dijo Stefanie, y le atacó con el pie derecho.

Con el talón, más concretamente.

El golpe de karate iba dirigido al rostro del agente, pero éste pudo apartar la cabeza a tiempo. Lo que no pudo evitar es que el talón de la agresiva rubia percutiera en su hombro.

Larry emitió un quejido y dio una vuelta por el suelo, agarrándose el hombro castigado.

—¿Es que te has vuelto loca, rubia...? —rugió.

—¡De loca, nada! ¡Sé muy bien lo que me hago! —aseguró Stefanie.

—¡A ti misma no te estás haciendo nada, me lo estás haciendo todo a mí!

—¡Pues no he hecho más que empezar!

Y debía ser verdad, porque atacó de nuevo al agente del FBI, esta vez con el pie izquierdo.

Larry hizo girar su cuerpo con rapidez y consiguió burlar el golpe de talón.

—¡Que sólo tengo una cara, rubia!

—¡Y yo te la voy a romper!

—¡Si no te gusta, díselo a Howard Corbett! ¡Te buscará otro marido!

—¡Quiero el que él me buscó!

—¡Yo soy el marido que Corbett te eligió!

—¡Mientes!

—¿Que miento...?

—¡Tú no eres Larry Gurney! ¡Eres un maldito impostor! —dijo la chica, lanzándose nuevamente al ataque.

El agente, en un alarde de reflejos, le atrapó el pie cuando ya volaba hacia su cara y le hizo perder el equilibrio. Al caer, Stefanie mostró totalmente las braguitas blancas que protegían lo más íntimo de su persona.

La prenda, además de transparente, era reducida, por lo que la exhibición resultó de lo más excitante.

Y Larry, claro, se quedó mirando hacia allí.

—Menuda panorámica... —murmuró.

Stefanie aprovechó la distracción del agente para disparar el otro pie, el que tenía libre, y estrellárselo en el mentón.

Larry le soltó la pierna y cayó hacia atrás.

Stefanie se irguió de un salto y volvió a adoptar una postura de karateca dispuesto a lanzarse al ataque.

—¡Te voy a romper todos los huesos, maldito!

—Entonces no te casarás con Larry Gurney —rezongó el agente, masajeándose el mentón.

—¿Por qué?

—¡Porque Larry Gurney soy yo, testaruda!

—¡Tú no eres el auténtico Larry!

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡El tipo que llamó por teléfono!

—¿Te llamó un tipo...?

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—¡Poco antes de que tú llegaras!

—¿Y qué te dijo...?

—¡Que alguien pretendía suplantar a Larry Gurney!

—¿Suplantarme a mí...?

—¡Tú no eres Larry! ¡Eres un impostor!

—¿Quieres que te enseñe mi documentación?

—¡Será falsa, seguro!

—¿Se identificó el tipo que te telefoneó, Stefanie?

—¡No!

—Yo te diré quién era.

—¿Lo sabes...?

—Howard Corbett, con la voz disfrazada.

—¡No digas disparates!

—Estoy seguro de que fue cosa suya, Stefanie. Que ría que me recibieras a golpes. Y lo consiguió.

—¿Por qué iba el señor Corbett a...?

—No lo sé, pero lo averiguaré. Está abajo, esperando. Me trajo en su coche y me dijo que subiera solo, alegando que así tú y yo hablaríamos con más libertad. Pero lo que quería, el muy zorro, es que tú me zurrases la badana. Sabía que me pillarías desprevenido y...

—Eso resulta difícil de creer.

—Pues es la verdad, te lo juro. Aunque no pienso insistir. Si no quieres creer que soy el verdadero Larry Gurney, te diré adiós y me largaré. Y al bicho de Corbett le diré que envíe a otro agente a Atlantic City, porque a mí se me han quitado las ganas de ir. Stefanie Kendall fingió vacilar.

—El caso es que me pareces sincero, ¿sabes?

—Lo soy, te lo aseguro.

—Está bien, voy a creerte. Pero si descubro que me engañas, no te dejaré un solo hueso sano, te lo advierto.

El agente se irguió.

—Puedo defenderme mejor de lo que lo hice antes, ¿sabes? —dijo, ante la amenaza de la rubia.

—Y yo atacar mejor —replicó ella.

Larry se llevó las manos a la espalda y compuso una mueca de dolor.

—¿Dónde aprendiste a luchar, preciosa?

—En la academia.

—¿Qué academia?

—La de policía.

Larry respingó.

—¿Eres...?

—Sí, soy policía —asintió Stefanie.

—¡Por eso te eligió Corbett!

—Naturalmente. No iba a mandar a Atlantic City a una agente que no estuviese al servicio de la ley. Tu misión es difícil. Larry. Y muy peligrosa. Probablemente necesitarás ayuda. Y yo te la prestaré con mucho gusto.

Gurney miró el sofá del *living*.

—¿Puedo sentarme, Stefanie? Me duele un poco la espalda.

—Mala cosa para tu noche de bodas.

—¿Pitorreo, encima...?

Stefanie Kendall se echó a reír.

—No te enfades, hombre. Siéntate y te serviré una copa.

—No quiero nada —gruñó el agente, y fue hacia el *living*.

Stefanie le siguió y, cuando Larry se sentó en el sofá, ella se sentó a su lado.

—Lamento haberte golpeado, Larry.

—¿De veras?

—¿Crees que no soy sincera al decirlo?

—Lo que creo es que estabas de acuerdo con Corbett.

—¿En qué?

—En lo de propinarme la paliza.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Por lo que dijiste sobre nuestra noche de bodas. Si yo estoy maltrecho y dolorido, no podré hacer nada contigo. Y apuesto a que eso es lo que desea Corbett, que no me divierta contigo. Y tú también, por supuesto.

—¿Cómo puedes saber tú lo que yo deseo?

Gurney la miró.

—¿Me conocías, Stefanie?

—No.

—¿Por qué accediste a casarte conmigo, entonces?

—¿Por qué accediste tú?

—Corbett me obligó.

—A mí también.

—Corbett no es tu jefe. Tú no perteneces al FBI.

—Es cierto. Pero Corbett me eligió para acompañarte en tu misión, dijo que yo era la mujer idónea, y no pude negarle mi colaboración. Me garantizó, además, que podríamos divorciarnos una vez cumplida la misión. ¿Te dijo lo mismo a ti...?

—Sí.

—No hay problema, pues.

—Alguno debe de haber, cuando me golpeaste —rezongó el agente, tocándose el hombro.

—Pensé que eras un impostor, ya te lo expliqué.

—Lo siento, pero lo de la llamada telefónica me suena a cuento.

—¿No te fías de mí, Larry?

—Me gustaría fiarme, te lo aseguro, pero...

El agente no pudo acabar la frase, porque Stefanie le había echado los brazos al cuello y ya le estaba besando en los labios.

## CAPÍTULO III

Como era de esperar, Larry Gurney le devolvió el beso a Stefanie Kendall, a la que además abrazó con calor, porque valía la pena estrecharla contra sí.

Cuando separaron sus bocas, ella preguntó:

—¿Sigues sin fiarte de mí, Larry...?

—No, acabas de demostrarme que puedo confiar en ti, Stefanie. Y vuelvo a tener ganas de ir a Atlantic City —confesó el agente.

—Lo pasaremos bien, ya verás.

—Seguro.

—¿Sabes por qué te he besado, Larry?

—No.

—Me agradas.

—Tú a mí también me gustas, Stefanie.

—¿De veras?

—Corbett dijo que eras una muchacha preciosa. Y no me engañó.

—A mí me dijo que tú eras un tipo apuesto. Y tampoco me engañó.

La mano de Larry estaba recorriendo ya los sedosos muslos femeninos, suave y hábilmente.

—No te importa que te acaricie, ¿verdad?

—Claro que no —sonrió Stefanie.

Volvieron a besarse.

Lamentablemente, cuando estaban en lo mejor del beso, sonó el timbre del apartamento, lo que les obligó a separarse.

—Debe de ser mi suplantador —dijo Gurney, con ironía.

—Si es él, le voy a partir el espinazo —aseguró Stefanie, levantándose del sofá—. Tranquila, es el zorro de Corbett.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo huelo a distancia.

—Iré a ver.

Stefanie alcanzó la puerta y abrió, fingiendo hacerlo con precaución.

Era, efectivamente. Howard Corbett.

Había encendido un cigarro y lo llevaba en la boca, con claro gesto de satisfacción.

—Hola, Stefanie.

—Pase, señor Corbett.

Howard entró en el apartamento y miró a Larry.

—Vaya, sigues vivo.

—Eso parece.

—¿Cuántos huesos te rompió Stefanie...?

—Ninguno.

—Te defendiste bien, ¿eh?

—Claro.

—Me alegro. Demuestra que estás en forma. Y de eso se trataba, muchacho.

—Fue usted quien telefoneó, ¿verdad?

—Sí. Le dije a Stefanie que eras un impostor, para que te atacara y te demostrara que hice bien al elegirla para que te acompañe a Atlantic City.

—Supo escoger, no hay duda.

—Te gusta, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Y a ti, Stefanie? ¿Te gusta Larry...?

—Desde luego —respondió la joven, con una sonrisa picaresca.

—Entonces, no hay más que hablar. Os casaréis esta tarde y saldréis inmediatamente hacia Atlantic City —dijo Corbett—. De vuestro divorcio, ya hablaremos cuándo regreséis.

—Suponiendo que deseemos divorciarnos —repuso Larry.

—Eso —dijo Stefanie.

Corbett rompió a reír.

—¡Estaría bueno que os enamoraseis en Atlantic City y no quisierais deshacer vuestro forzado matrimonio!

—Todo es posible, jefe —sonrió Larry.

—¡Menudo tanto me apuntaría yo! —dijo Corbett, sin dejar de

reír.

\* \* \*

A las 18.45, exactamente, el avión procedente de Washington tomaba tierra en el aeropuerto de Atlantic City. Era un Boeing 727 y en él viajaban Larry Gurney y Stefanie Kendall, convertidos ya en marido y mujer.

Y legalmente, pues, como ya advirtiera Howard Corbett, la ceremonia no tuvo nada de falsa. Larry y Stefanie se habían casado de verdad, y serían un matrimonio auténtico hasta que concluyese la misión que les había sido encomendada.

Después, si lo deseaban, el divorcio.

Pero, de momento, ninguno de los dos pensaba en ello. Tenían por delante varios días para conocerse el uno al otro, para divertirse, y hasta para enamorarse, lo cual no descartaban ni el agente del FBI ni la mujer policía, puesto que físicamente ya se sentían mutuamente atraídos.

El Boeing-727 se detuvo suavemente en la pista de aterrizaje y los pasajeros comenzaron a descender. Larry y Stefanie fueron de los primeros en abandonar el aparato, ya que habían viajado en asientos muy próximos a la puerta de salida.

Recogieron sus equipajes, tomaron un taxi y se trasladaron al hotel-casino propiedad de Ralph Drake, el hombre a quien se consideraba responsable de las cosas extrañas que sucedían en El Dorado.

Tardaron sólo unos minutos en llegar a él.

El Dorado, efectivamente, era uno de los mejores hoteles de Atlantic City. Todo en él era moderno y lujoso, deslumbrante, cautivador. En cuanto uno penetraba en él, se quedaba maravillado.

Y así se quedaron Larry y Stefanie.

—Alojarse aquí debe de resultar carísimo... —murmuró ella.

—No te preocupes por eso. Paga el Departamento —respondió el agente, en tono bajo. Alcanzaron el mostrador de recepción, atendido por el encargado y un empleado—. Señor y señora Gurney, de Washington —dijo Larry—. Tenemos una *suite* reservada. —Efectivamente— asintió el encargado, con una amable sonrisa.

Era un tipo alto, más bien delgado, no mal parecido, que frisaba los cuarenta años de edad.

Mientras el encargado de recepción preparaba la ficha de registro, Larry besó a Stefanie. Después, se miraron con ojos tiernos, amorosos, como los recién casados.

—Te quiero —susurró el agente, aunque no tan bajo como para que no pudiera oírle el recepcionista.

—Yo también —respondió Stefanie.

El encargado de recepción sonrió, como adivinando que se trataba de una pareja de recién casados, y le ofreció su pluma estilográfica a Larry, para que rellenara y firmara la ficha.

—Tenga la bondad, señor Gurney.

El agente tomó la estilográfica y rellenó la ficha con rapidez, estampando su firma en el lugar correspondiente.

—Listo —dijo, devolviéndole la pluma al recepcionista.

—Gracias, señor Gurney. Su *suite* es la 525. Sigán al botones —indicó el tipo, entregándole la llave.

—Bien.

—Y feliz estancia en Atlantic City.

—Muchas gracias.

Larry y Stefanie siguieron al botones que cargaba con sus maletas.

Poco después, entraban en la *suite* 525, que era algo sensacional.

El botones dejó las maletas en el suelo y esperó la propina.

Larry, como todos los gastos corrían a cargo del Departamento, se sintió dadivoso y le puso diez dólares al botones en la mano, cuyos ojillos brillaron de contento.

—Muchas gracias, señor.

—No hay de qué, muchacho.

El empleado salió de la habitación.

En cuanto cerró la puerta, el agente enlazó por la cintura a su legítima esposa, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios, recreándose en la acción.

—Te quiero —dijo, después.

—Ahora estamos solos, Larry. No tienes por qué...

El agente la besó de nuevo, para que no siguiera hablando, y después deslizó su boca hacia la oreja izquierda de la mujer policía, susurrándole:

—Puede haber micrófonos ocultos. Incluso cámaras de televisión, perfectamente disimuladas. Tenemos que hablar y actuar igual que cuando no estemos solos.

Stefanie entendió y exhaló un gemido de placer.

Y no fue fingido, porque Larry le estaba mordisqueando sabiamente el lóbulo de la oreja.

—Larry, amor mío... —dijo, por si realmente había micrófonos instalados en la habitación.

Y le abrazó con fuerza, por si había cámaras de televisión.

El agente le acarició el rubio cabello y dijo:

—Siento deseos de tomarte en brazos y llevarte a la cama, pero es casi la hora de cenar. —Qué lástima.

—No te preocupes. Tenemos toda la noche por delante. Y varias noches más, porque vamos a pasar nuestra luna de miel entera en este magnífico hotel.

—Será maravilloso, cariño.

—Podríamos pedir que nos sirviesen la cena aquí, pero es que quiero ver el casino y probar fortuna en algo. En la ruleta, por ejemplo.

—¡Es una gran idea!

—Sabía que a ti también te gustaría —sonrió Larry, y volvió a besarla, con pasión.

Y no sólo por si había micrófonos y cámaras de televisión.

## CAPÍTULO IV

Desde el extremo del corredor, un tipo vigilaba la *suite* 525.

Era alto, fornido, y tenía una cara que parecía haber sido moldeada a golpes de maza. Cerca de él había otros individuos, igualmente altos y corpulentos.

De pronto la puerta de la *suite* 525 se abrió y Larry Gurney y Stefanie Kendall, ahora Stefanie Gurney por su legítima unión con el agente del FBI, salieron al corredor.

El fulano que vigilaba chasqueó los dedos.

—Ya salen, muchachos.

Los otros dos tipos se pegaron a él.

—Esperemos a que se introduzcan en el ascensor —dijo el sujeto que seguía los movimientos de Larry y Stefanie.

Éstos, efectivamente, se metieron en el ascensor más próximo a su *suite* y desaparecieron.

—Vamos —habló de nuevo el tipo cuyo rostro daba la impresión de haber sido creado a mazazos.

Caminaron los tres hacia la habitación 525.

Cuando la alcanzaron, el sujeto que llevaba la voz cantante extrajo una llave, la introdujo en la cerradura, y abrió la puerta.

—Natwick. Riss. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, Jagger —respondió Natwick, y se introdujo en la habitación.

Riss le imitó y Jagger cerró rápidamente la puerta, quedándose fuera, para seguir vigilando el corredor.

Natwick y Riss registraron el equipaje de los Gurney, aunque no con movimientos bruscos. Lo hicieron con cuidado, para no desordenar las cosas y revelar con ello a los Gurney que sus maletas habían sido abiertas durante su ausencia.

Todo tenía que quedar igual que estaba.

Una de las cosas que primero encontraron, en la maleta de Larry, fue el certificado de matrimonio, extendido y firmado aquel mismo día por el juez que los había casado. —Mira esto. Riss— dijo Natwick, pasándole el certificado.

Su compañero lo ojeó y sonrió levemente.

—Se han casado hoy.

—Eso dice ahí.

—Qué nohecita les espera.

—Les esperan más cosas, Riss, sólo que ellos no lo saben.

—Si lo supieran, regresarían inmediatamente a Washington.

—¡Seguro! —respondió Natwick, riendo.

Siguieron revisando el equipaje de los Gurney, bromeando con las prendas íntimas de Stefanie.

—Entre llevar esto y no llevar nada... —dijo Riss, mostrándole a su compañero unas sucintas braguitas transparentes.

—¡Pues anda que el camisón...! —exclamó Natwick, levantándolo para mirarlo al trasluz—. ¡Aparte de ser más corto que un babero, permite vislumbrarlo todo!

Rieron los dos divertidamente.

Pocos minutos después, concluían su tarea y cerraban de nuevo las maletas, dejándolas tal y como las encontraran.

—Vamos. Riss —dijo Natwick, echando a andar hacia la puerta.

Su compañero le siguió y salieron ambos de la habitación.

Jagger se apresuró a cerrar la puerta con llave y después se alejaron los tres con paso raudo.

—Informadme, muchachos —pidió Jagger.

—Son una parejita de recién casados —respondió Riss.

—Pan comido —aseguró Natwick, con una ligera sonrisa.

—¿No habéis encontrado nada de particular en su equipaje?

—No, todo normal —contestó Riss—. Incluso llevan el certificado de matrimonio...

—¡Extendido hoy, Jagger! —añadió Natwick.

Jagger sonrió.

—Pobres palomitos. No saben la clase de luna de miel que les espera.

Larry y Stefanie habían cenado espléndidamente en el lujoso comedor del hotel y ya se dirigían al casino. Como no tenían a nadie cerca, Stefanie preguntó:

—¿Vamos a jugar con el dinero del Departamento o con el nuestro, Larry?

—Depende, nena.

—¿De qué?

—De la suerte que tengamos. Si nos sonríe y ganamos, habremos jugado con nuestro dinero particular; si nos es esquiva y perdemos, habremos jugado con el dinero del Departamento —explicó el agente.

Stefanie emitió una risita.

—Eres un sinvergüenza, querido.

—Tal vez, pero estoy dispuesto a sacarle el máximo partido a esta misión.

—Me incluyes a mí, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Eres un bribón.

—Y tú un bombón, que suena casi igual que bribón, pero que es muy distinto —repuso Larry, antes de besarla.

Estaban entrando ya en el casino, en donde la animación era grande.

En todas las mesas de juego había gente arriesgando su dinero una y otra vez. Y eran muchos los que apostaban fuerte, porque se trataba de gente adinerada, en su mayoría, que lo mismo ganaban varios miles de dólares en una noche... que los perdían.

Y no pasaba absolutamente nada, cuando esto último sucedía.

Larry y Stefanie, después de echar una mirada a las distintas mesas de juego, se dirigieron a la caja para cambiar una parte de su dinero por fichas.

—¿Cuánto vas a cambiar, Larry?

—Mil dólares.

Stefanie respingó.

—¿Tanto...?

—En un casino como éste hay que jugar en serio, nena. Si haces apuestas pequeñas, resultas ridículo y la gente se ríe de ti. ¿No ves que en este hotel solo se alojan personas con mucha «pasta»...?

—Pero si perdemos...

—Será dinero del Departamento, ya lo sabes.

—Tendrás que rendirle cuentas a Howard Corbett, te lo advierto.

—No me preocupa en absoluto. Fue idea suya el enviarme a Atlantic City, así que...

—Está bien, tú sabrás lo que haces —suspiró Stefanie.

Alcanzaron la caja y Larry cambió los mil dólares por fichas de juego.

—Suerte, señor —le deseó el tipo que estaba en la caja.

—Gracias, muy amable. Dentro de un rato estoy aquí con los bolsillos rebosantes de fichas —aseguró Larry.

El tipo rió las palabras del agente, que ya se alejaba con Stefanie, en dirección a la ruleta.

\* \* \*

Había pasado media hora.

Larry y Stefanie seguían junto a la ruleta, pero pronto tendrían que abandonarla si su suerte no cambiaba, porque apenas les quedaban fichas.

Stefanie se mordió los labios.

—¿Cuánto hemos perdido Larry?

—Alrededor de novecientos dólares. Una miseria —respondió el agente del FBI, con pasmosa tranquilidad.

Stefanie estuvo a punto de clavarle el tacón de su zapato en el pie, por decir que novecientos dólares eran una miseria, pero se contuvo.

Larry realizó una nueva apuesta.

Cincuenta dólares al rojo, concretamente.

Y salió un número rojo.

—Vaya, parece que nuestra suerte empieza a cambiar —sonrió el agente, y apostó cien dólares, nuevamente al rojo.

Y volvió a salir un número rojo.

—Efectivamente, nuestra suerte ha cambiado, cariño —dijo Larry, muy contento—. Aprovechemos la racha.

Colocó doscientos dólares, esta vez al negro.

Y salió un número negro.

—¡Bravo! —exclamó Larry.

La buena racha continuó, y como el agente siguió doblando sus

apuestas, pronto tuvo mil seiscientos dólares en sus manos.

Stefanie, tan contenta como él, le tiró de la chaqueta con disimulo y le susurró al oído:

—Retirémonos, Larry.

—Ni hablar. De aquí no nos movemos hasta que tenga los bolsillos repletos de fichas, como le dije al tipo de la caja.

—¡No seas loco!

—¡Tenemos que aprovechar esta racha de suerte, nena!

—¡Puedes perderlo todo!

—¿A qué no?

—Larry, te lo suplico...

El agente la besó y apostó mil dólares al rojo, dejando el resto en reserva por si fallaba la apuesta. Pero, como estaba en vena, volvió a ganar.

Y también ganó la siguiente apuesta, de dos mil dólares.

Y la otra, de cuatro mil.

¡Ya tenía ocho mil seiscientos dólares!

¡Y se jugó cinco mil más!

Stefanie, que estaba a punto de desmayarse, intentó arrancar a Larry de la ruleta, sin ningún disimulo ya, pero no lo consiguió. Por suerte, el agente ganó una vez más y se encontró con casi catorce mil dólares en las manos.

Y como eso era un montón de fichas, se las guardó en los bolsillos y dijo:

—¡Vamos a cambiarlas, cariño!

## CAPÍTULO V

El tipo de la caja se quedó boquiabierto cuando vio la cantidad de fichas que traía Larry Gurney.

—Le dije que volvería con los bolsillos rebosantes, ¿recuerda? —sonrió el agente.

—Es sorprendente... —murmuró el tipo.

Stefanie Kendall, radiante de alegría, se cogió del brazo de Larry y dijo:

—¡Mi marido consigue siempre todo lo que se propone!

—Te he conseguido a ti, ¿no? —repuso el agente.

—¡Así es! —respondió Stefanie, y le besó.

El tipo de la caja, repuesto de su sorpresa, entregó a Larry los casi catorce mil dólares.

—Enhorabuena, señor.

—Gracias, amigo —respondió el agente del FBI, guardándose el dinero.

Después, él y Stefanie abandonaron el casino.

—¡No puedo creerlo, Larry! —dijo la mujer policía.

—¿Que haya ganado tanto dinero...?

—¡Sí!

—Soy un tipo afortunado.

—Tienes una potra tremenda, desde luego. Aunque dicen que los afortunados en el juego, son desgraciados en amores...

—Eso no va conmigo, porque tengo la mujer más hermosa y deseable de los Estados Unidos.

Stefanie sonrió, halagada.

—Muy amable, pero creo que exageras.

—En absoluto —repuso Larry, y le dio un beso.

Pocos minutos después, entraban en la *suite* 525.

—Voy a ponerme algo sugestivo, cariño —dijo Stefanie.

—Excelente idea —aprobó Larry—. Yo, mientras tanto, pediré una botella del mejor champaña.

—Perfecto.

Stefanie se introdujo en el dormitorio, abrió su maleta, y extrajo el breve camisón transparente, aunque no se cambió allí. Prefirió hacerlo en el cuarto de baño.

En la otra estancia, Larry se había despojado de la chaqueta y de la corbata. Se disponía ya a encargar la botella de champaña, cuando llamaron a la puerta.

—¿Nos habrán adivinado el pensamiento...? —se preguntó, en voz alta.

El agente se olvidó del teléfono y fue hacia la puerta.

En cuanto abrió, un puño de considerable tamaño y dureza se estrelló en su mentón, lo obligó a recular, le hizo perder el equilibrio, y acabó en el suelo.

Jagger, el dueño de la maza que había percutido tan duramente en la mandíbula de Larry Gurney, entró en la habitación, seguido de Natwick y Riss.

Este último cerró la puerta y se quedó junto a ella.

Jagger le hizo una muda indicación a Natwick y éste fue hacia el dormitorio.

—¡Quieto! —ordenó Larry, temiendo que Natwick sorprendiera desnuda a Stefanie—. ¡No entre ahí!

Natwick no hizo caso y abrió la puerta del dormitorio, echando una ojeada al interior. —La mujer está en el baño— informó.

—Cierra y quédate ahí, junto a la puerta —indicó Jagger—. Y si la mujer sale, sujétala y tápale la boca.

—Entendido.

—Bien, hablemos usted y yo. Gurney —dijo Jagger, encarándose con el agente, que ya se estaba incorporando, aunque con alguna dificultad.

—¿Quiénes son ustedes...? ¿Qué es lo que quieren...? ¿Por qué me atacaron? —Responderé solamente a su segunda pregunta. Queremos dinero. Todo el que lleve encima. Y sabemos que lleva bastante, porque se le dio muy bien en la ruleta.

Larry apretó los dientes.

—Vulgares ladrones, ¿eh?

—No tan vulgares. Gurney —respondió Jagger, con una fría sonrisa—. Estamos bien organizados. Tan bien organizados, que si denuncia usted el robo a la dirección del hotel o a la policía, lo pagará con la vida. Con la suya... y con la de su joven y bella esposa.

—Así que también son unos asesinos, ¿eh? —masculló el agente.

—Somos de todo, Gurney. Robamos, asesinamos, violamos, torturamos, golpeamos... Se lo digo para que nos entregue cuanto antes su dinero. Será mucho mejor para usted y para su esposa.

—¡No pienso darle un solo dólar!

El gesto de Jagger se tornó sumamente amenazante.

—Yo le haré cambiar de idea, Gurney —aseguró, yendo hacia él.

Larry se quedó quieto, pero cuando el tipo proyectó su puño derecho hacia su cara, se encogió con rapidez y la maza sólo le rozó el pelo.

El estómago de Jagger había quedado a la entera disposición del agente, por lo que éste le hundió el puño diestro en las tripas y le machacó unas cuantas.

Jagger soltó un bramido y se dobló, agarrándose el estómago.

Larry le atizó con la zurda, en pleno rostro, y luego utilizó de nuevo la derecha, que también percutió en la cara del tipo, derribándolo.

Natwick y Riss se quedaron perplejos.

¡Jagger estaba en el suelo!

¡No podían creerlo!

El más sorprendido de todos era el propio Jagger.

—¡Bastardo! —rugió, incorporándose.

—¿Te echamos una mano...? —sugirió Riss, que seguía junto a la puerta de la *suite*.

—¡No, me basto yo solo! —Ladró Jagger, y se abalanzó furiosamente sobre el agente del FBI.

—¡Detente, mastodonte! —dijo Larry, y lo frenó con un duro puñetazo al plexo solar.

La caja torácica de Jagger resonó como un bombo.

El tipo abrió la boca en busca de aire, porque se había quedado sin respiración, pero Larry se la cerró de un formidable zurdazo y lo mandó nuevamente al suelo.

Jagger siguió buscando aire allí, sin fuerzas para levantarse.

Riss decidió intervenir.

—Ahora me toca a mí, Gurney —masculló, yendo hacia él con los puños apretados—. Adelante —respondió el agente, muy tranquilo.

Natwick quiso ayudar a Riss, pero, justo en aquel momento, se abrió la puerta del dormitorio y Stefanie se dejaba ver, luciendo el corto y transparente camisón, que apenas velaba sus magníficos senos, altos, armoniosos, desafiantes.

Larry se distrajo un instante y Riss se benefició de ello, ya que no tuvo dificultades para conectarle un derechazo a la mandíbula y enviarlo al suelo.

—¡Larry! —exclamó Stefanie.

—¡Ocúpate de ella, Natwick! —indicó Riss—. ¡Yo me encargo del tipo!

Natwick alargó sus brazos hacia Stefanie.

—¡Ven aquí, hermosa!

La mujer policía reaccionó con rapidez y, como era una experta en defensa personal, golpeó los brazos de Natwick con sus puños y le obligó a bajarlos.

Entonces, con el filo de su mano derecha, le soltó un hachazo al tipo en el cuello.

Natwick dobló la cabeza, como si estuviera medio decapitado, al tiempo que perdía altura, porque las rodillas se le habían doblado.

Stefanie disparó una de las suyas, la derecha, y se la incrustó en el estómago. Y Natwick tuvo suerte, porque si se la llega a incrustar un poco más abajo...

El tipo, no obstante, se dobló en el acto y soltó un rugido de dolor, agarrándose las tripas.

Stefanie disparó la otra rodilla y se la estrelló en la cara.

Natwick se vino abajo, aullando.

Entretanto, Riss había intentado golpear de nuevo a Larry Gurney, sin esperar a que se levantara. Le había lanzado un patadón a las costillas, pero el agente pudo atenazarle el pie en el aire y se lo torció con brusquedad.

Riss chilló de dolor y se derrumbó, propinándose un buen batacazo.

Larry se irguió con prontitud.

Volvió a mirar a Stefanie, pero no cometió el error de

entretenerse contemplando sus muchos encantos, porque Riss se estaba incorporando ya y debía estar pendiente de él, para no verse cazado de nuevo.

El tipo, que cojeaba del pie derecho, le atacó rabiosamente.

Larry hubiera podido burlar con facilidad su embestida, pero Jagger, recuperado ya de los golpes recibidos, agarró por las piernas al agente y lo inmovilizó.

—¡Atízale duro!

Larry no pudo evitar que Riss le golpeará y lo tumbara.

Stefanie, que ya había acabado con Natwick, corrió en ayuda de su marido.

—¡Quietos, cobardes! —dijo, proyectando su talón hacia la cara de Riss.

El golpe de karate hizo rodar por los suelos al tipo.

Stefanie quiso hacer lo mismo con Jagger, pero éste, en vista de lo mal que les estaban saliendo las cosas, se llevó la mano a la axila y extrajo una pistola automática, provista de silenciador.

—¡Quietos los dos o disparo! —amenazó, apuntando al agente del FBI y a la mujer policía.

## CAPÍTULO VI

Larry y Stefanie no tuvieron más remedio que obedecer, porque estaba claro que el tipo no amenazaba en broma. Si intentaban arrebatárle la pistola, no dudaría en accionar el gatillo.

Jagger se irguió lentamente, sin dejar de apuntarles con su arma, y retrocedió dos pasos, para mayor seguridad. Luego, esperó a que sus compañeros se levantaran.

Natwick fue el primero en hacerlo, con el rostro ensangrentado, el cuello hinchado, y el estómago dolorido, todo ello como consecuencia de los golpes propina dos por Stefanie.

Riss se puso en pie a continuación. Seguía cojeando del pie derecho y se le estaba deformando la cara por momentos, a causa del golpe de talón que recibiera de la mujer policía.

Huelga decir que ambos estaban deseando vengarse de Stefanie, y lo demostraron con su forma de mirarla. Jagger, en cambio, deseaba vengarse de Larry, que era quien le había dado todos los golpes y lo había mandado por dos veces al suelo.

Stefanie estaba en pie, pero Larry seguía en el suelo, sin moverse, para que Jagger no apretara el gatillo.

Stefanie sabía que estaba enseñando mucho, casi todo, pero no pensaba en ello, sino en cómo salir de aquella difícil situación.

—¿Nos dará el dinero ahora, Gurney? —preguntó Jagger, apuntándole a la frente.

—Está en la chaqueta. Cójanlo y lárguense —masculló el agente.

Jagger le hizo una indicación a Riss y éste atrapó la chaqueta de Larry, que descansaba en un sillón, como la corbata. Registró los bolsillos y se apoderó de todo el dinero.

—¿Cuánto hay? —preguntó Jagger.

—Unos veinte mil —respondió Riss.

—No está mal.

Riss se guardó el dinero y volvió a dejar la chaqueta en el sillón. Larry apretó las mandíbulas.

—Ya tienen lo que querían, ¿no?

—Así es.

—¡Desaparezcan, pues!

—¿Por qué tanta prisa?

—Creo que le molesta que miremos a su mujer —habló Natwick.

—Vale la pena, ¿no? —sonrió Jagger.

—Deberíamos hacer algo más que mirarla —sugirió Riss.

Stefanie se estremeció visiblemente, pero no dijo nada.

Quien sí habló, fue Larry:

—Rozadla siquiera con vuestras puercas manos, y juro por Dios que os mato a los tres, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Lo dijo en un tono, que Jagger sintió que se le erizaba el vello, lo cual le enfureció.

—¡No estás en condiciones de amenazar, maldito!

—Mantengo lo que he dicho.

—¡La pistola la empuño yo! ¡Puedo volarte la tapa de los sesos ahora mismo, estúpido! —No creo que te convenga.

—¿Por qué?

—Tendrías que matar también a mi esposa. Y quedarían dos cadáveres en esta habitación, que no tardarían en ser descubiertos, lo cual haría intervenir a la policía. Y vosotros no queréis que intervenga, ya lo dijiste antes. Ni que denunciemos el robo a la dirección del hotel. De esa manera podréis seguir cometiendo robos en este hotel.

Jagger le mostró los dientes.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—No soy una lumbrera, pero tampoco un tarugo.

—¿Dónde aprendiste a defenderte tan eficazmente?

—En el ejército.

—¿Y ella? ¿También aprendió a luchar en el ejército...? —preguntó Natwick, con ironía—. No, yo la enseñé a defenderse.

—Pues la enseñaste muy bien —rezongó Riss.

—Largaros de una condenada vez —masculló Larry.

—Sí, nos vamos a ir —respondió Jagger—. Y sin tocar a tu

mujer, como tú deseas. Pero si contáis a alguien lo sucedido, o abandonáis el hotel antes de lo previsto, os liquidaremos a los dos. Nadie debe saber lo que ha pasado aquí esta noche, si queréis seguir con vida. —Está muy claro— gruñó el agente.

—Bien, os dejamos solos, para que podáis disfrutar de vuestra luna de miel. Vámonos, muchachos.

Jagger. Natwick y Riss retrocedieron hacia la puerta.

Antes de salir de la habitación, el primero ordenó:

—Quedaos quietos algunos minutos más, ¿de acuerdo? Si abris la puerta y asomáis las narices, lo más probable es que las perdáis.

—¡Idos al infierno! —barbotó Larry.

Los tipos rieron y abandonaron la habitación.

\* \* \*

Stefanie ayudó a su marido a ponerse en pie.

—¿Cómo te sientes, Larry?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes.

—¿Qué ocurrió antes de que saliera yo del dormitorio?

El agente se lo contó.

—¿Por qué no me llamaste, Larry?

—Saliste en el momento justo, aunque no con la indumentaria apropiada.

—Te dije que iba a ponerme algo sugestivo...

—Lo sé, pero me distraje al verte y el tipo con el que en ese momento peleaba me cazó con su puño.

—Lo siento, cariño.

—La culpa fue mía. No debí distraerme.

—Nos hubieran atrapado igual. El tipo que llevaba la voz cantante sólo tenía que sacar su arma para poner fin a la pelea.

—Tienes razón. Y se lo llevaron todo. Hasta el último dólar.

—Peor hubiera sido que abusaran de mí.

—No lo hubiese permitido.

Stefanie le echó los brazos al cuello y se pegó literalmente a él.

—Bésame, Larry.

El agente lo hizo, al tiempo que la rodeaba con sus brazos.

Permanecieron así casi tres minutos.

Después Stefanie preguntó:

—¿De verdad te encuentras bien, Larry?

—Sí, sólo recibí dos o tres puñetazos.

—Entonces, vámonos a la cama.

—¿Sin pedir la botella de champaña...?

—No la necesitamos.

—Tienes razón —sonrió el agente, y la tomó en brazos.

—No era necesario que cargaras conmigo, cariño.

—Deseaba hacerlo —respondió Larry, y fue hacia el dormitorio, recibiendo por el camino un beso de Stefanie.

\* \* \*

La unión íntima había concluido ya, pero Larry y Stefanie seguían abrazados, acariciándose mutuamente y susurrándose palabras aparentemente amorosas.

Pero no lo eran.

Hablaban así de bajo para que sus palabras no pudieran ser captadas por los micrófonos, caso de que los hubiera ocultos en el dormitorio.

—¿Qué opinas de lo sucedido, Larry? —preguntó Stefanie.

—Eran hombres de Ralph Drake.

—¿Estás seguro?

—Sí, sé que esos tipos no actúan por su cuenta. Están a las órdenes de Drake.

—Como nos prohibieron denunciar el robo a la dirección del hotel...

—Lo hicieron para despistar. De esa manera evitan que se sospeche del propietario del hotel. Pero como nosotros ya sospechábamos de él antes de salir de Washington...

—¿Daremos con los tipos, Larry?

—Seguro. Tenemos que recuperar nuestro dinero. Y haremos cantar a los tipos. Nos dirán hasta la clase de biberón que tomaban cuando eran pequeños. Y Ralph Drake estará perdido.

—Ojalá salga todo como tú esperas.

—Lo conseguiremos, ya lo verás. Aunque no hay prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que sospecho que no tendremos necesidad de buscar a los tipos. Bastará con que esperemos a que actúen de nuevo.

—¿Contra nosotros...?

—Sí.

—Se llevaron todo nuestro dinero, Larry.

—Pero tenemos un talonario de cheques. Y ellos lo saben. Tratarán de exprimírnos al máximo. Por eso nos prohibieron abandonar el hotel antes de lo previsto. Sospecho, además, que intentarán hacernos alguna clase de chantaje.

—¿Chantaje...?

—Sí, para que sigamos guardando silencio cuando regresemos a Washington. Debe ser su sistema. Sólo así se explica que nadie haya denunciado lo que ocurre en este hotel. —Es posible que tengas razón.

—Mientras el tiempo me la da, sigamos pasándolo bien.

—¿Te refieres a...?

—Sí, a esto —asintió Larry, y la besó con ganas.

Poco después, hacían de nuevo el amor.

Para eso estaban en su luna de miel.

## CAPÍTULO VII

Por la mañana, y mientras Stefanie se duchaba, Larry se dedicó a buscar los supuestos micrófonos ocultos y las posibles cámaras de televisión, igualmente escondidas.

Revisó concienzudamente el dormitorio y luego la habitación contigua, la que hacía las veces de salón, sin encontrar nada. También revisó la terraza con idéntico resultado. Stefanie salió del baño, luciendo su corta bata, la misma con que recibiera a Larry el día anterior en su apartamento de Washington. Al no ver al agente en el dormitorio, pasó a la estancia contigua.

—¿Qué haces, cariño?

—Ya podemos hablar y actuar como nos plazca, Stefanie. Lo he revisado todo a conciencia y no hay micrófonos ni cámaras de televisión —informó Larry.

—¿Estás seguro?

—Sí, no hay cuidado. Nadie nos puede ver ni oír.

—Me alegra saberlo.

El agente la abarcó por la cintura y la besó en los labios.

—¿Cómo estás de apetito, nena?

—Fenomenal. ¿Y tú...?

—Me comería un caballo. Con silla de montar y todo.

Stefanie rió.

—Habrás que encargar un suculento desayuno, pues.

—Ocupate tú de ello, ¿quieres? —rogó Larry—. Yo voy a darme una ducha.

—De acuerdo.

Se besaron de nuevo y el agente se introdujo en el dormitorio.

Stefanie cogió el teléfono y encargó el desayuno, saliendo después a la terraza. La vista era magnífica. Y la mañana,

espléndida, con un sol radiante.

Apetecía echarse en una de las tumbonas y dejarse acariciar por los cálidos rayos del astro rey. Y eso hizo Stefanie, mientras aguardaba a que les sirviesen el desayuno. Naturalmente, se abrió la bata de baño de par en par.

Nadie podía verla.

Y, aunque alguien la viese, no estaba tomando el sol totalmente desnuda, puesto que llevaba un *slip* rojo. No es que cubriera mucho, pero...

Llevaba unos minutos así, recibiendo la agradable caricia de los rayos solares, cuando oyó que llamaban a la puerta. Stefanie se levantó de la tumbona, se cerró la bata, y acudió a abrir.

Antes de hacerlo, sin embargo, se preguntó si sería un camarero, con el desayuno, o los tipos de la noche anterior. La duda la hizo vacilar.

¿Debía abrir...?

¿Debía avisar a Larry...?

Si lo hacía salir de la ducha, y resultaba que era el camarero que traía el desayuno, el agente se reiría de ella y de su temor. Y como Stefanie no quería que eso ocurriera, inspiró profundamente y abrió la puerta.

Lo hizo, eso sí, con precaución y preparada para defenderse.

Afortunadamente no fue necesario.

Era el camarero.

—El desayuno, señora —dijo, con una leve sonrisa.

—Pase —rogó Stefanie, abriendo totalmente la puerta.

El camarero, un joven bastante alto y de aspecto fuerte, empujó el carrito que transportaba el copioso desayuno y entró en la *suite*, echando una disimulada mirada a las preciosas piernas de la mujer policía.

Stefanie se dio cuenta de ello, pero no se molestó.

—Déjelo ahí —indicó, con el brazo.

—Bien.

El camarero dejó el carrito delante del sofá.

Justo en ese momento. Larry salía del dormitorio, envuelto en una toalla y con el pelo todavía húmedo.

—Vaya, ya tenemos aquí el desayuno —dijo, sonriendo.

—Así es —respondió Stefanie.

—Empecemos a comer, pues.

—Con su permiso —dijo el camarero, y se retiró.

Larry y Stefanie se sentaron en el sofá y empezaron a saciar su apetito.

De pronto. Stefanie se quedó quieta y murmuró:

—No contendrá ninguna droga, ¿verdad?

Larry se interrumpió también.

—No se me había ocurrido... —confesó.

—Si la contiene, podrán hacer con nosotros todo lo que quieran.

—¿Qué sugieres, Stefanie?

—Desayunaré yo primero, y si no me ocurre nada, después podrás desayunar tú tranquilamente.

—¿Por qué no lo hacemos al revés?

—Porque tú eres más fuerte que yo, Larry.

—Mi estómago no lo es.

—El mío tampoco, te lo aseguro.

—Entonces, sigamos comiendo. Y si estas cosas tan ricas contienen alguna droga, nos drogaremos los dos.

—De acuerdo —sonrió Stefanie.

\* \* \*

Por fortuna, el desayuno no contenía droga alguna y no les ocurrió nada. Como tampoco les ocurrió nada tras el almuerzo, que tomaron en el comedor del hotel, ni en el resto del día.

Tras la cena, pasaron al casino, como la noche anterior.

En la caja, a Larry le fue admitido un cheque de dos mil dólares y canjeado por fichas de juego, que poco después empezaba a colocar en la ruleta.

Su suerte, durante casi una hora, fue solo regular, ya que ganaba unas veces y perdía otras. Después, mejoró y ganó cinco apuestas seguidas, logrando reunir algo más de seis mil dólares.

Stefanie Se aconsejó que no hiciera más apuestas, pero Larry, convencido de que se hallaba en racha, colocó cinco mil dólares al rojo.

¡Y ganó!

Acto seguido, y desoyendo las súplicas de Stefanie, apostó diez mil dólares al negro. ¡Y volvió a ganar!

Después, hizo caso a Stefanie y se retiró, con más de veintiún mil dólares en fichas en los bolsillos, que le cambiaron por dinero en la caja.

—¿Es que gana usted siempre, señor...? —preguntó el tipo, asombrado.

—¡Naturalmente! —respondió Larry.

—¡Tiene una pata de conejo! —bromeó Stefanie.

—Yo creo que tiene las cuatro —rezongó el tipo.

Larry y Stefanie rieron, abandonaron el casino, y regresaron a su *suite*, contentos de haber ganado en la ruleta casi lo mismo que les robaran la noche pasada.

No obstante, el agente del FBI seguía queriendo recuperar los veinte mil dólares que le birlaran los tipos. Y tendría su oportunidad cuando los fulanos actuaran de nuevo. ¿Sería aquella noche...?

Era muy posible que sí, porque los tipos ya debían estar enterados de que había ganado casi veinte mil dólares en la ruleta, y la suma resultaba muy tentadora.

Larry no se equivocó.

Los tipos les estaban esperando en la habitación y, en cuanto entraron. Jagger, que se hallaba oculto tras la puerta, apoyó su pistola en la espalda del agente y dijo:

—Ni un solo movimiento. Gurney, o eres hombre muerto.

\* \* \*

Riss estaba escondido en la terraza, pero salió rápidamente de ella.

Natwick, oculto en el dormitorio, se dejó ver también.

Larry, que se había quedado clavado, lo mismo que Stefanie, miró a Jagger por encima del hombro y exclamó:

—¿Otra vez vosotros...?

—Has vuelto a ganar en la ruleta. Gurney. Más aún que anoche.

—¿Es que me vais a robar todas las noches...?

—No, sólo cuando ganes.

—¡Malditos! —barbotó el agente, apretando los puños con rabia. Jagger presionó con su arma entre los omóplatos de Larry.

—Quietecito, ¿eh, Gurney? No queremos mataros, pero si nos

obligáis a ello, no dudaremos en hacerlo.

El agente guardó silencio.

—Vamos, saca el dinero —ordenó Jagger—. Hasta el último dólar, ¿eh?

Larry obedeció y Riss se hizo cargo de los billetes.

—¿Está todo? —preguntó Jagger.

—Sí.

—Buen chico. Ahora, enseñadles las fotos. Son todas de tu mujer. Gurney. Y ha salido muy guapa —dijo Jagger, con irónica sonrisa.

Natwick sacó unas cuantas fotografías del bolsillo interior de su chaqueta y empezó a mostrárselas a los Gurney.

Stefanie enrojeció al instante, porque, efectivamente, todas las fotos eran suyas. Se las habían tomado en el cuarto de baño, mientras se hallaba bajo la ducha, así que aparecía en ellas completamente desnuda.

De espaldas, de lado, de frente...

—Os podéis quedar con ellas, porque tenemos copias —habló de nuevo Jagger—. Si no habláis de nosotros a nadie, no las utilizaremos, pero si lo hacéis, todas esas fotos aparecerán en una de las más famosas revistas eróticas del país. Y no creo que eso le guste a tu esposa, ¿verdad, Gurney...?

## CAPÍTULO VIII

Estaba claro.

Era la clase de chantaje que Larry esperaba.

Un chantaje sucio y despreciable, con el que sin duda habían sellado las bocas de muchos clientes, después de robarles y exprimirles al máximo.

Por eso nadie hablaba de lo que sucedía en El Dorado.

Ningún marido quería que su mujer apareciese, completamente desnuda, en las páginas de una revista erótica. Preferirían callar y no volver jamás al hotel-casino de Ralph Drake.

Stefanie, tras las palabras de Jagger, sufrió un ataque de ira.

—¡Gusanos asquerosos! —rugió, y saltó sobre Natwick con la rodilla por delante.

Se la incrustó deliberadamente entre los muslos, machacándole lo que tenía de hombre. Aunque Natwick no chilló como un hombre, sino como una rata.

Soltó las fotos y se desplomó, agarrándose lo que tanto le dolía.

Riss intentó sujetar a Stefanie, pero ésta le golpeó en ambos hombros a la vez, con las manos abiertas, y le arrancó un grito de sufrimiento.

Jagger quiso golpear a Larry Gurney, con la pistola, pero el agente disparó el codo derecho hacia atrás cuando le vio levantar el brazo y se lo clavó en el hígado.

El golpe, terriblemente doloroso, hizo que Jagger soltara la pistola y se encogiera, rugiendo como un animal.

Larry se revolvió como una centella y la emprendió a puñetazos con él, hasta que lo derribó.

Entretanto. Stefanie había golpeado a Riss en el cuello, primero en el lado derecho y después en el izquierdo. Después, le soltó un

rodillazo en los genitales, como a Natwick.

Riss lanzó un alarido y cayó de rodillas, agarrándose el bajo vientre. Lo estaba pasando muy mal, pero Stefanie le hizo el favor de soltarle un hachazo en la nuca y dejarlo sin conocimiento, acabando así con su terrible sufrimiento.

Natwick aún seguía con el suyo, pero hizo un esfuerzo y trató de agarrar a Stefanie por las piernas, para hacerla caer. La mujer policía le vio y le atizó una patada en la cara, haciéndolo rodar por el suelo.

Un segundo puntapié, esta vez en la región renal, hizo que Natwick rabiara nuevamente de dolor. Por suerte para él, Stefanie le dio otra patada en el rostro y lo dejó sin sentido.

Jagger se había levantado, pero los puños de Larry cayeron nuevamente sobre su cara y su cuerpo, con furia, y lo derribaron otra vez, dejándolo medio inconsciente.

Al ver que ya no tenía fuerzas para incorporarse. Larry recogió la pistola y le apuntó con ella, después de comprobar que Stefanie había dado buena cuenta de Riss y Natwick.

—Esta vez os ha salido el tiro por la culata —dijo.

Jagger se asustó al verse encañonado por su propia pistola y pareció despejarse del golpe.

—No irás a disparar, ¿verdad, Gurney? —dijo, con voz trémula.

—Lo que diga mi esposa.

—Vuélale la cabeza. Larry —pidió Stefanie, para aterrorizar aún más al tipo.

Jagger, en efecto, se llenó de pánico.

—¡No, por favor! —suplicó.

—¡Sois unos cerdos! ¡No merecéis vivir! —dijo Stefanie, mientras recogía las fotos que le fueran tomadas mientras se duchaba.

—Estoy de acuerdo contigo, nena —habló Larry.

—¡Yo no soy el jefe! —gritó Jagger.

—¿Qué?

—¡Me limito a cumplir órdenes!

—¿De quién?

Jagger vaciló.

—¡Habla o te reviento la cabeza de un balazo! —amenazó Larry.

—¿Me dejaréis con vida si os lo digo...?

—¿Qué le respondo, Stefanie? —preguntó el agente.

—Que sí.

—Ya lo has oído, amigo. Seguirás vivo si nos lo cuentas todo —prometió el agente. Jagger se pasó el dorso de la mano por la boca y confesó:

—Estamos a las órdenes de Ralph Drake.

—¿Quién es Ralph Drake? —preguntó Larry, como si no lo supiera.

—El propietario del hotel.

—¡Vaya! —exclamó Stefanie—. Así que el jefe de la banda es nada menos que el dueño de El Dorado, ¿eh?

—Sí —rezongó Jagger.

—¿Qué te parece, Larry...?

—Le daremos su merecido al tipo, te lo prometo. Antes, sin embargo, quiero saber cómo te tomaron esas fotos.

—Yo también.

Jagger volvió a pasarse la mano por los labios y explicó:

—Desde el baño de la habitación contigua, se puede ver lo que ocurre en el baño de ésta. El espejo es como una ventana. Basta con accionar un pequeño resorte, perfectamente disimulado, para poder ver a través de él. Así conseguimos las fotos.

—¡Serán puercos! —exclamó Stefanie—. ¡Vieron cómo me desnudaba, cómo me duchaba, cómo me secaba, y cómo todo!

—También debieron verme a mí —dijo Larry—. ¿No me tomasteis fotos...?

—No; a ti, no. Sólo nos interesaba ella —respondió Jagger.

—Entiendo.

Stefanie rompió las fotografías.

—¡Ratas repugnantes! —barbotó.

—Tenemos que conseguir las copias. Y los negativos —dijo Larry.

—¿Quién los tiene? —preguntó Stefanie.

—El jefe, en su despacho —respondió Jagger.

—Le haremos una visita —dijo el agente del FBI—. ¿Estás de acuerdo, cariño?

—¡Por supuesto! ¡Estoy deseando ponérselos por corbata de un rodillazo, para que aprenda! —respondió Stefanie.

Larry sonrió.

—Me encantará verlo. Vamos, amigo, ponte en pie —ordenó a Jagger.

—No sé si podré.

—Si te ayudo yo, será peor, porque te agarraré de lo que mi mujer piensa ponerle por corbata a Ralph Drake, así que tú verás.

Jagger se estremeció perceptiblemente.

—Me las arreglaré solo —dijo, y se irguió.

Con bastante dificultad, pero lo consiguió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Larry.

—Jagger.

—Bien, Jagger, nos vas a llevar al despacho del cerdo de tu jefe. Y como intentes algo por el camino, no vivirás para contarlo, eso te lo garantizo.

—No estoy en condiciones de intentar nada —rezongó el tipo, cuyos ojos, durante unas décimas de segundo, denotaron alegría.

Una alegría sospechosa, claro.

La razón del fugaz destello de contento en la mirada de Jagger no era otra que la vuelta en sí de Riss. Una vuelta en sí de lo más silenciosa, por lo que ni Larry ni Stefanie se percataron de ello.

Ambos estaban pendientes de Jagger y no prestaban apenas atención a Natwick y Riss.

Este último se llevó sigilosamente la mano a la axila izquierda.

También iba armado.

Y estaba decidido a acabar con los Gurney.

\* \* \*

Stefanie, recordando que el dinero ganado por Larry aquella noche en la ruleta, seguía en los bolsillos de Riss, se volvió hacia éste, diciendo:

—Larry, antes tendremos que... —se cortó en seco al descubrir que Riss había recobrado el conocimiento y estaba sacando una pistola con silenciador acoplado.

Riss le apuntó rápidamente al pecho.

—¡Cuidado, Larry...! —chilló Stefanie al tiempo que se arrojaba al suelo, para esquivar la bala.

Riss accionó el gatillo, pero el silencioso proyectil no alcanzó a la mujer policía.

Larry se giró como el rayo y disparó sobre Riss, cuando ya éste desviaba su arma hacia él. Los dos plomos enviados por el agente mordieron el cuerpo del tipo, arrancándole un aullido de muerte.

Jagger, pese a los golpes recibidos, saltó sobre la espalda de Larry y lo derribó, haciéndole perder la pistola, que quedó a su alcance.

Stefanie vio que Jagger empuñaba el arma y saltó sobre la pistola de Riss, empuñándola a su vez.

Jagger apuntó al agente del FBI, pero éste hizo girar su cuerpo con rapidez, para burlar el proyectil y dar tiempo a Stefanie para que pudiera accionar la pistola de Riss. Stefanie, en efecto, disparó sobre Jagger y le alojó un par de balas en el pecho.

Jagger aulló, soltó su arma, y quedó tendido boca arriba.

Larry lanzó un suspiro de alivio y se puso en pie, siendo imitado por Stefanie.

—Has estado muy bien, nena.

—Tú también.

—Jagger ya no podrá llevarnos al despacho de Drake.

—No, me temo que no.

—Ni ése tampoco —el agente señaló a Riss—. Pero nos queda el que sacó las fotos del bolsillo interior de su chaqueta —apuntó al todavía desvanecido Natwick—. Ése nos llevará hasta su jefe, por las buenas o por las malas.

## CAPÍTULO IX

Mientras Stefanie recuperaba el dinero. Larry desarmó a Natwick, que también llevaba una automática provista de silenciador bajo su axila zurda, y lo reanimó.

—¡Eh, tú, despierta! —dijo, zarandeándolo con brusquedad.

El tipo abrió los ojos y se vio apuntado por la pistola de Jagger, ya que la suya se la había guardado el agente del FBI en el bolsillo de la chaqueta.

La pistola de Riss seguía en poder de Stefanie.

Natwick ahogó un gemido y maldijo con el pensamiento a la mujer policía, autora del rodillazo a sus órganos genitales, que le dolían más que nada.

Por un instante, sin embargo, dejó de dolerle todo.

Y es que acababa de descubrir los cuerpos sin vida de Jagger y Riss.

—No... —murmuró, con ojos espantados.

—Sí —dijo Larry.

—¿Están...?

—Lo están —asintió el agente.

Natwick sintió frío por el cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Intentaron acabar con nosotros, pero fracasaron. Antes, sin embargo, Jagger cantó de plano.

—¿De veras?

—Sí, lo confesó todo. Y estaba dispuesto a llevarnos al despacho de Ralph Drake, para que tuviéramos unas palabras con él. Después cambió de idea y... Bueno, ya ves el resultado.

Natwick tragó saliva con algún esfuerzo y dijo:

—No quieres seguir la suerte de tus compañeros, ¿eh? —sonrió

el agente.

—No, no quiero morir.

—Está bien, ponte en pie. Y ojo con intentar nada, porque lo lamentarías.

Natwick se incorporó, ahogando gemidos y poniendo caras feas.

Bueno, caras más feas, porque él era feo natural.

Larry se colocó detrás del tipo y le puso la pistola en la espalda.

—Muévete, compañero.

—No creas que es fácil caminar, después de lo que tu mujer me hizo —rezongó Natwick, llevándose la mano al pantalón.

—Pues lo mismo le pienso hacer a tu jefe —dijo Stefanie.

—Ya veremos si puedes —murmuró el tipo, y echó a andar, despacio y con las piernas separadas, como si fuera un niño de corta edad y le molestasen los pañales.

\* \* \*

Ralph Drake contaba cuarenta y cinco años de edad, tenía el pelo oscuro, y las facciones varoniles. Era alto, atlético, y vestía impecablemente.

Se encontraba en su magnífico despacho, aunque no sentado en su sillón, tras la mesa, sino en el largo y moderno sofá, mirando unas cuantas fotografías.

No eran las copias de las que le fueran tomadas a Stefanie, aquella misma mañana, pero en ellas también aparecía una mujer completamente desnuda.

En el baño, por supuesto.

Y no estaba sola.

Había un hombre con ella, en pantalón de pijama, casi cincuentón, metido en carnes y con escaso pelo ya en la cabeza. El tipo, en las fotos, aparecía besando, abrazando, y toqueteando a la mujer, que era mucho más joven que él.

Veintiséis años, exactamente.

Además de joven, tenía un rostro atractivo y un cuerpo exuberante, así que era lógico que el tipo apareciese en las fotos comiéndosela a besos y estrujándoselo todo.

Ralph Drake desgranó una risita.

—Están muy bien estas fotos, Deborah.

—Sí, a mí también me gustan —respondió la muchacha que estaba sentada a su lado, que era la misma que aparecía en las fotografías, dejándose besar y tocar, desnuda, por el calvo.

—El tipo pagará lo que le pidamos, con tal de que estas fotos no lleguen a manos de su esposa.

—Seguro.

—¿Te fue muy difícil engatusarle?

—¡En absoluto! En cuanto le enseñé un muslo, le entraron ganas de acostarse conmigo. Y cuando le enseñé lo demás...

—Se volvió loco, ¿no?

—¡Tan loco, que llegué a pensar que era caníbal!

Drake rió.

—Es la víctima ideal. Un hombre casado, rico, que ya ronda los cincuenta y ha venido solo a Atlantic City... Sería tonto si rechazase la oportunidad de vivir una aventura amorosa con una mujer tan joven y tan excitante como tú.

—Le va a costar muy cara.

—Como a todos.

Deborah Mersey, que tenía el cabello rubio platino y los ojos verdosos, le pasó el brazo por el cuello, muy suavemente.

—Te estás forrando, ¿eh, Ralph?

—Tú también ganas dinero. Deborah.

—Desde luego. Pagas muy bien mis servicios. Pero no trabajo para ti por eso, sino porque me gustas más que ningún otro hombre.

—Me siento muy halagado —sonrió Drake, y la besó.

Deborah le pasó el otro brazo por el cuello y se pegó a él, presionándole las costillas con sus duros senos. Drake se deshizo de las fotografías y la abrazó.

El traje de noche que lucía Deborah tenía una descarada abertura frontal, por lo que sus largas y hermosas piernas estaban casi totalmente al descubierto.

Drake se las acarició, llegando hasta muy arriba.

Deborah, que estaba ganosa, separó los muslos, para que el propietario de El Dorado pudiera mostrarse todo lo audaz que quisiera. Sin embargo, Drake separó su boca de la de ella y dijo:

—Ahora no, encanto.

—¿Por qué? —preguntó Deborah, desilusionada.

—Estoy esperando a los muchachos. Fueron a limpiarle de

nuevo los bolsillos al tipo de la 525, ese que tanta suerte tiene en la ruleta, y no tardarán en volver.

—¿Y cuando regresen...?

—Entonces podré dedicarme por entero a ti.

—Ojalá vuelvan pronto —deseó la rubia platino, y unió nuevamente su boca a la de él.

Le besó tan fogosamente, que Drake se sintió excitado y dirigió su mano hacia la negra braguita de encaje que protegía la intimidad de Deborah.

La estaba sorteando ya, cuando, de repente, se abrió la puerta y Natwick entró en el despacho, empujado por Larry Gurney, que seguía amenazándole con la pistola de Jagger.

Stefanie entró a continuación, esgrimiendo la pistola de Riss, y fue ella quien cerró la puerta del despacho.

Ralph Drake se quedó tan sorprendido, que no fue capaz ni de retirar su mano de entre los tentadores muslos de Deborah Mersey.

El agente del FBI sonrió irónicamente y dijo:

—Le hemos pillado con las manos en la masa, ¿eh, señor Drake?

\* \* \*

El propietario de El Dorado adivinó que sus hombres habían fracasado y perdió rápidamente el color. Retiró nerviosamente su mano de la intimidad de la rubia platino y se puso en pie, inquiriendo:

—¿Qué significa esto, Natwick...?

—Salió mal, señor Drake —respondió el tipo, bajando la mirada.

—¿Y Jagger y Riss...?

—Muertos.

El dueño del hotel-casino palideció aún más.

—¿Muertos, dices...?

—Así es, señor Drake —confirmó Larry Gurney—. Intentaron balearnos a mí y a mi esposa, pero no tuvieron suerte y fueron ellos los que se largaron al otro mundo.

—Pero, para entonces, Jagger ya nos lo había confesado todo —añadió Stefanie.

—Es verdad, señor Drake —habló Natwick—. Yo no les dije nada, fue Jagger quien lo soltó todo. Yo había quedado

inconsciente. Cuando me recobré, Jagger y Riss eran ya cadáveres. Y Gurney amenazó con matarme también si no los traía hasta aquí.

Ralph Drake sufrió un ataque de furia.

—¡Pandilla de inútiles! —rugió, con ganas de patearle el estómago a Natwick.

—Es la primera vez que le fallamos, jefe —recordó el tipo.

—Y la última, porque no habrá más robos ni más chantajes en este hotel —dijo Larry—. Piensan denunciarme a la policía, ¿eh? —masculló Drake.

—Naturalmente.

—Les propongo un trato.

—Nosotros no hacemos tratos con tipos como usted, señor Drake —habló Stefanie.

—Les devolveré el dinero robado, las copias de las fotos, y los negativos. Les entregaré, además, cien mil dólares.

—Eso es muy poco —opinó Larry.

—Doscientos mil —subió la oferta Drake.

—Me sigue pareciendo poco.

—¿Cuánto quieren por no denunciarme?

—Medio millón.

—De acuerdo. Es mucho, pero...

—Sella el trato con él, Stefanie.

—Encantada —sonrió la mujer policía, y fue hacia el propietario del hotel con la mano por delante, pero fue la rodilla lo que utilizó para sellar el trato.

## CAPÍTULO X

Ralph Drake no lo esperaba, claro.

Había alargado la diestra, para estrechar la de Stefanie, pero ésta hizo un quiebro con la mano y levantó bruscamente la rodilla, encajándola entre los muslos masculinos.

El propietario de El Dorado se encogió en el acto y abrió la boca de par en par, para lanzar el grito más terrible de toda su vida, pero el dolor era tan intenso e insufrible, que lo dejó mudo.

Se dejó caer de rodillas, con los ojos desorbitados, la cara verdosa, y las manos incrustadas en el bajo vientre, oprimiéndose lo que la rodilla de la mujer policía le había pillado de lleno con su certero golpe.

—Trato sellado. Larry —dijo Stefanie, en tono irónico.

—Perfecto, querida —sonrió el agente—. Ahora, el señor Drake ya sabe que somos personas de palabra.

—Desde luego que lo somos. Dije que se los pondría por corbata, y ahí arriba los tiene. Ralph Drake boqueaba como un pez fuera del agua, pero seguía sin emitir el más leve gemido. Despedía espuma por la boca y continuaba con un feo color de cara.

Natwick se había estremecido de pies a cabeza, porque él sabía muy bien lo mal que lo estaba pasando su jefe. Había pasado por ello y aún persistía el dolor.

Y lo que duraría...

Deborah Mersey, por su condición de mujer, no podía saber lo que dolía un rodillazo en los genitales masculinos, pero la expresión de Ralph Drake le daba una idea bastante aproximada y se había arrugado en el sofá, del que no se había movido.

Mientras el dueño del hotel rabiaba en silencio su dolor, Stefanie tomó las fotos en las que aparecía Deborah, totalmente desnuda,

con el calvo casi cincuentón.

—Vaya, si es la rubia platino... —dijo, mirando a Deborah.

—¿De veras? —preguntó Larry.

—Sí, está con un tipo que podría ser su padre.

—Déjame ver.

—Está desnuda, Larry.

—Mejor.

—Eres un granuja.

—Sólo me gustas tú, ya lo sabes. Anda, trae las fotos.

Stefanie se acercó y se las mostró.

—Toma, alégrate la vista.

Larry encanutó los labios, pero no llegó a largar el silbido, porque Stefanie levantó la mano y amenazó:

—Como silbes, te parto los labios.

—Si no iba a silbar...

—¿Y por qué has puesto esa boca de mono?

—¿Quién ha puesto la boca de mono?

—Tú. Y como la pongas otra vez, te sacudo.

—Si estoy loco por ti, cariño.

—Ya.

—¿Quién es el tipo?

—Otra víctima, seguro.

—Sí, tienes aspecto de eso. Confírmalo, Natwick —pidió el agente, presionando en los riñones del tipo con el extremo de la pistola de Jagger.

—Es un cliente, sí —asintió Natwick.

—La rubia platino se lo ligó, ¿eh?

—Sí.

—El tipo es casado, claro.

—Sí.

—Y si no paga, estas fotos las recibirá su esposa. ¿Me equivoco...?

—No.

—¡Basta ya, estúpido! —rugió Ralph Drake, que ya podía hablar, aunque seguía encogido en el suelo, con una cara que daba pena.

—Lo siento, jefe —carraspeó Natwick—. Yo...

—Tiene usted un magnífico negocio, señor Drake —dijo Larry—. Lástima que esté fuera de la ley.

—¿La representan ustedes, acaso...?

—No —mintió el agente.

—¿Qué les importa, entonces? ¡Acepten el medio millón de dólares y regresen a Washington!

—Ya lo aceptamos, señor Drake —repuso Larry—. Mi esposa selló el trato con usted, ¿recuerda?

—¡Lo que hizo fue soltarme un rodillazo en los...!

—En lo que se usa para jugar al tenis —le interrumpió Stefanie, antes de que soltara la palabrota—. Además de las raquetas, claro.

El agente del FBI rió, pero Drake fulminó con la mirada a la mujer policía.

—No debió hacerlo, señora Gurney.

—Y usted no debió ordenar a sus hombres que me fotografiasen mientras me duchaba, porque eso es una marranada —replicó Stefanie—. Nadie, excepto mi marido, tiene derecho a verme desnuda.

—Bien dicho —sonrió Larry.

El dueño del hotel apretó los maxilares.

—Bueno, ¿hay trato o no?

—¡Por supuesto que lo hay! —respondió Larry.

—¿Quiere que lo sellemos otra vez, señor Drake...? —preguntó Stefanie.

El propietario de El Dorado estuvo a punto de mandarla donde peor huele, pero logró contenerse y rezongó:

—No, con una vez es suficiente.

—Saque el dinero, señor Drake —indicó Larry—. El medio millón, y el que sus hombres me robaron anoche. Y saque, también, las copias de las fotos que le hicieron a mi esposa y los negativos.

Ralph Drake se irguió, con evidente esfuerzo y sufrimiento, y caminando como un pato alcanzó la caja fuerte. Antes de que marcara la combinación, el agente del FBI preguntó:

—¿Guarda algún arma ahí, señor Drake?

—No...

—Qué raro.

—Es la verdad.

—Bueno, por si acaso miente, le aconsejo que no toque la posible pistola, porque Stefanie y yo estaremos muy pendientes de usted y no dudaremos en disparar.

—Y tenemos buena puntería —agregó Stefanie—. Que se lo pregunten a Jagger y Riss. —Me temo que no responderían, nena— sonrió Larry.

—Adelante, señor Drake —dijo Stefanie—. Abra la caja.

El dueño del hotel marcó la combinación.

Natwick y Deborah estaban tensos, pues ambos sabían que Drake tenía una pistola automática en su caja fuerte, y se preguntaban si se atrevería a empañarla.

Drake quería hacerlo, pero era consciente de que tenía pocas posibilidades de sorprender a los Gurney. Precisaba la colaboración de Natwick, pero éste no parecía dispuesto a intentar nada.

Estaba cagado de miedo desde que viera los cadáveres de Jagger y Riss. Y muy mermado, físicamente, porque fueron varios los golpes que Stefanie le dio.

A pesar de todo, Drake lo miró y le pidió con los ojos que le ayudara a salir de aquella difícil situación. Después, miró a Deborah y le pidió lo mismo.

Ella también podía colaborar, distrayendo a Larry Gurney con sus encantos. La rubia platino entendió y, aunque estaba tan asustada como Natwick, se dijo que ella también estaba metida en el ajo y decidió ayudar a Drake.

Éste había abierto ya la caja fuerte, pero todavía no había metido la mano en ella. Lo hizo muy despacio, bajo la atenta vigilancia de los Gurney.

De pronto. Deborah realizó un hábil movimiento con el hombro y el fino tirante de su vestido de noche se deslizó por su brazo y la dejó con un seno al aire.

Ella simuló no percatarse del hecho, pero Larry se percató enseguida.

—A lo hecho, pecho —murmuró, con los ojos clavados en el soberbio seno de la rubia platino.

—¿Cómo dices? —preguntó Stefanie.

—Que resulta mucho más tentador así que en las fotografías.

Stefanie miró en la misma dirección que Larry y descubrió que Deborah estaba con una teta fuera.

—¡Será zorra la tía! —exclamó.

Ralph Drake empuñó velozmente la pistola que guardaba en su caja fuerte y gritó:

—¡Ahora, Natwick!

Éste se echó bruscamente hacia atrás y arrolló al agente del FBI. Drake disparó sobre Stefanie.

Afortunadamente, la mujer policía se tiró al suelo y la bala se incrustó en la pared. Drake quiso rectificar, pero Stefanie le envió un plomo y se lo alojó en el hombro derecho.

El dueño del hotel dio un grito y soltó la pistola, cayendo seguidamente al suelo. Entretanto, Natwick había tratado de arrebatarse el arma a Gurney, pero éste no le daba ningún tipo de facilidades.

Stefanie se irguió de un salto y desvió su arma hacia Natwick.

—¡Quieto o disparo!

Deborah se dijo que debía hacer algo más que enseñar una de sus glándulas mamarias y saltó del sofá como impulsada por un muelle, cayendo sobre la espalda de la mujer policía, a la que derribó violentamente, Stefanie perdió la pistola en la caída.

Deborah intentó hacerse con ella, pero, justo en ese instante, Larry lograba deshacerse de Natwick, asestándole un puñetazo en toda la boca.

Al ver que la rubia platino estaba a punto de apoderarse de la pistola que había perdido Stefanie, el agente efectuó un disparo y la bala alejó el arma varios metros.

Deborah dio un grito y se quedó muy quieta.

—¡La próxima bala será para ti, rubia! —advirtió Larry.

## CAPÍTULO XI

BuckLenton, el hombre de confianza de Ralph Drake, era un tipo de elevada estatura, robusta complexión, y facciones duras. Solía moverse por el casino, vigilando a los clientes del hotel que apostaban en las mesas de juego.

De esa manera, sabía quién ganaba y quién perdía, así como cuánto, y podía informar a Ralph Drake, para que éste diese las instrucciones oportunas a Jagger, Riss y Natwick.

O a Deborah, según el caso.

Buck Lenton, naturalmente, ignoraba lo sucedido en la *suite* 525.

De haberlo sabido, no estaría tan tranquilo en el casino, vigilando con disimulo a los apostantes. Había encendido un habano y se lo estaba fumando muy a gusto.

De pronto, un camarero se acercó a él.

—Señor Lenton...

—¿Qué ocurre, Doyle?

—He visto a Natwick.

—¿Y...?

—Daba la impresión de haber sido golpeado.

—¿Qué?

—Sí, no caminaba con normalidad. Además, parecía amenazado por el hombre y la mujer que iban con él.

Buck Lenton respingó.

—¿Un hombre y una mujer, dices...?

—Si.

—¡Los Gurney! —Adivinó Lenton.

—¿Los conoce usted...?

—Ocupan la 525.

—Sí, de allí me pareció que salían —informó el camarero.

—Voy a ver qué ha pasado —dijo Lenton y abandonó a toda prisa el casino, con el cigarro entre los dientes.

Ahora, en vez de fumarlo, lo mordía con rabia. Sabía que los Gurney ya pusieron en dificultades a Jagger. Riss y Natwick la noche pasada, gracias a sus conocimientos en defensa personal, y todo parecía indicar que, esta vez, las dificultades habían sido mayores.

Lenton fue directamente a la *suite* 525. Entró sin llamar y con una Luger en su mano derecha, provista de silenciador. La había sacado de la funda que llevaba bajo su axila izquierda.

Enseguida vio los cuerpos sin vida de Jagger y Riss, lo que le produjo un escalofrío, porque esperaba encontrarlos inconscientes, no muertos.

Lenton se dijo que los Gurney no podían ser unos clientes normales y corrientes. No se comportaban como tales. Eran valientes, sabían pelear, sabían disparar...

Todo eso no podía ser casualidad.

Y Lenton, claro, empezó a sospechar que los Gurney ocultaban una doble personalidad. Que estaban tratando de averiguar lo que sucedía en El Dorado.

Y si habían venido con esa misión, es que eran...

—¡Policías! —exclamó Lenton, y salió rápidamente de la habitación.

\* \* \*

En el despacho de Ralph Drake, éste estaba a punto de desvanecerse de dolor. La hemorragia era, además, importante, y ya tenía buena parte de la camisa y toda la manga de la chaqueta empapadas de sangre.

Natwick también sangraba, pero por la boca, como consecuencia del puñetazo de Larry Gurney. Tenía ambos labios partidos y había escupido un diente, aparte de tener otros dos flojos.

El agente del FBI se había puesto en pie y tenía controlada la situación.

—¿Te encuentras bien, Stefanie?

La mujer policía soltó un gruñido y se incorporó también.

—Me dejé sorprender por esta zorra —rezongó, mirando a

Deborah Mersey.

La rubia platino seguía muy quieta, con las manos apoyadas en el suelo... y un pecho fuera. Stefanie no pudo reprimirse y le atizó un puntapié en pleno trasero, gritando:

—¡Esconde esa teta, desvergonzada!

Deborah emitió un quejido y se apresuró a ocultar su seno derecho.

Stefanie miró a Larry, ceñuda.

—Lo hizo para distraerte, ¿verdad?

—¿El qué?

—¡La exhibición de pecho!

—Pues, no sé —carraspeó el agente.

—¡Me resbaló el tirante! —dijo Deborah.

Stefanie le atizó otro puntapié entre posadera y posadera.

—¿A que la punta de mi zapato no resbala...? —dijo, con ironía.

La rubia platino la maldijo con el pensamiento, mientras se masajeaba las prietas nalgas.

—¡Golfa! —La insultó la mujer policía.

—Déjala, Stefanie, o no podrá sentarse en una semana —dijo Larry.

—¡Mejor!

—Vamos, recoge la pistola de Drake, no sea que se le ocurra empuñarla de nuevo.

—No creo. Ha quedado bastante escarmentado —rezongó Stefanie, pero se apoderó del arma del dueño del hotel.

—Tú, vuelve al sofá y quédate quieta —ordenó el agente del FBI a la rubia platino. Deborah obedeció.

—Y como vuelvas a exhibir una teta, te la dejo sin pezón de un balazo —advirtió Stefanie.

Deborah se arrugó como una tela mala.

Larry, que tampoco perdía de vista a Natwick, le atizó un patadón en las costillas y ordenó:

—¡En pie, vamos!

El tipo se incorporó, con la boca manchada de sangre.

—Saca de la caja fuerte los veinte mil dólares que nos robasteis anoche, las copias de las fotos que le hicisteis a mi esposa, y los negativos —indicó el agente—. El medio millón que nos ofreció Drake, para ti.

—¿Qué?

—Nosotros sólo queremos lo nuestro. ¡Vamos, muévete! —apremió Larry, empujándolo.

Natwick fue hacia la caja, pero, antes de meter la mano en ella, miró a Drake y preguntó en voz baja:

—¿Se lo doy, jefe?

Drake, que seguía sufriendo mucho, asintió con un leve movimiento de cabeza.

Natwick tomó veinte mil dólares, las copias de las fotos, y los negativos.

—Dámelo a mí —dijo Stefanie.

Natwick se lo entregó todo.

Stefanie se guardó el dinero, rompió las fotografías, y después quemó los negativos, utilizando el encendedor de mesa de Ralph Drake, que era de oro, nada menos.

—Asunto resuelto, Larry —dijo.

—Todavía falta algo, querida.

—¿El qué?

—Llamar a la policía.

—Es verdad.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Será un placer.

Stefanie tomó el auricular y se dispuso a hacer la llamada.

Ralph Drake, Natwick y Deborah, se vieron irremisiblemente perdidos.

En ese preciso instante, sin embargo, la puerta se abrió lenta y silenciosamente, y una Luger con silenciador acoplado asomó por el hueco.

Después, asomó una cabeza.

La de Buck Lenton.

Larry no le vio, porque se hallaba de espaldas a la puerta, y Stefanie, ocupada con lo de la llamada a la policía, tampoco descubrió al brazo derecho de Ralph Drake.

Lenton se coló sigilosamente en el despacho y ordenó:

—Cuelgue este teléfono, señora Gurney.

Stefanie lo miró y se quedó paralizada.

Larry, por su parte, giró levemente la cabeza y descubrió también al hombre de confianza de Ralph Drake.

—Arrojen las armas, vamos —ordenó Lenton.

Stefanie cambió una mirada con Larry.

El agente, recordando que llevaba la pistola de Natwick en el bolsillo de la chaqueta, arrojó al suelo la de Jagger, que era la que empuñaba.

—No tenemos más remedio que obedecer, nena —dijo.

Stefanie arrojó también la pistola de Ralph Drake.

—Atiende al señor Drake, Deborah —indicó Lenton—. Tú, Natwick, recoge las armas. Ambos obedecieron con rapidez.

Natwick, sin embargo, no se conformó con apoderarse de las pistolas arrojadas por los Gurney. Se plantó delante de Larry y le hundió el puño en el estómago.

El agente se dobló, dando un rugido, y entonces recibió dos puñetazos en el rostro, cayendo al suelo.

Natwick se dispuso a patearlo con ganas, pero la voz de Buck Lenton le detuvo:

—Frénale, Natwick. Sospecho que los Gurney son policías y quiero interrogarles.

## CAPÍTULO XII

Las palabras de Buck Lenton causaron impacto en Ralph Drake. Deborah Mersey, y Natwick.

—¿Policías, dices...? —exclamó el propietario de El Dorado, cuya herida había sido taponada con un pañuelo por Deborah, que permanecía arrodillada junto a él.

—Pondría la mano en el fuego —respondió Lenton.

—Se quemaría —dijo Stefanie.

—¿Está segura, señora Gurney...? —preguntó Lenton en tono irónico.

—No somos policías.

—Pues pelean y disparan muy bien, para no serlo.

—Sabemos defendernos, eso es todo. Y como no nos gusta que nos roben, que nos amenacen, ni que nos chantajeen, hicimos uso de nuestras habilidades.

—Miente, señora Gurney.

—¡Naturalmente que miente! —exclamó Natwick—. ¡Son policías! ¡Por eso rechazaron el medio millón de dólares que usted les ofrecía por no denunciarnos a la policía, señor Drake!

—¿Hicieron eso...? —preguntó Lenton.

—¡Sí! —confirmó Deborah.

—Entonces, no hay duda. Sólo dos policías rechazarían medio millón de dólares. Y no todos. Algunos se venderían por una suma tan tentadora.

Larry Gurney, que seguía en el suelo, oprimiéndose el estómago, dijo:

—Están muy equivocados. Ni mi esposa ni yo tenemos contacto alguno con la policía. Lenton le hizo un gesto a Natwick y éste disparó la pierna, incrustando la punta de su zapato en el pecho del

agente.

Larry ahogó un grito de dolor.

—¡Confiesa, maldito! —Ladró Natwick.

—Es la verdad.

Natwick preparó la otra pierna, pero Lenton le frenó con el gesto y dijo:

—Es mejor que confeséis, Gurney. Estáis atrapados y no tenéis escapatoria posible. Si os empeñáis en negar que sois policías, nos ensañaremos con vosotros. Con los dos. Natwick lo está deseando. ¿No es cierto...?

—¡Ya lo creo! —asintió Natwick—. Especialmente, con ella —añadió, mirando a Stefanie—. Me dio muchos golpes. Uno de ellos, en lo que tengo de hombre. ¡Y se lo tengo que hacer pagar!

—Hazle pagar también el rodillazo que me atizó a mí, Natwick —rezongó Drake—. Me duelen más los genitales que el hombro, pese a tener una bala incrustada en él.

—Será un placer, jefe.

—Y no te olvides de los dos puntapiés que me atizó a mí en las posaderas —habló Deborah, llevándose la mano al trasero—. También quiero que los pague.

—Los pagará, no te preocupes —sonrió siniestramente Natwick. Lenton sonrió también.

—¿Lo estás oyendo, Gurney...? Si no soltáis la lengua, Natwick hará perrerías con tu mujer. O con lo que sea, porque dudo mucho que sea realmente tu esposa.

—Lo es, lo juro —respondió el agente del FBI—. Nos casamos ayer tarde en Washington. El certificado de matrimonio está en nuestras maletas.

—Un certificado falso, seguro.

—No, es auténtico. Y lo podrán comprobar fácilmente.

Natwick se agachó y lo agarró del pelo con brusquedad.

—¡Basta ya de mentiras, Gurney! ¡Confiesa o te machaco la cara con el cañón de la pistola! —amenazó, levantando el arma que empuñaba.

Stefanie se estremeció.

—¡No le golpeen más! —pidió—. ¡Ha dicho la verdad, y si no quieren creernos, golpéenme a mí! ¡Hagan conmigo lo que deseen, pero dejen en paz a mi marido!

Larry adivinó que Stefanie trataba de desviar la atención de todos hacia ella, para que él pudiera empuñar la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Y lo consiguió, ya que Natwick mantuvo el arma en alto y preguntó:

—¿Me ocupo de la chica, Lenton?

—Sí, creo que será más efectivo.

Natwick soltó el pelo del agente y se irguió.

—Vigila bien al tipo, ¿eh, Lenton?

—Descuida.

Natwick fue hacia la mujer policía.

Stefanie, dando pruebas de un valor admirable, no retrocedió ni un centímetro.

—¡Muéstrate duro con ella, Natwick! —pidió Drake.

—¡Sí, no tengas piedad! —dijo Deborah.

—Seguro que no la tendrá —sonrió Lenton, sin dejar de vigilar al agente del FBI.

Larry maldijo para sus adentros.

Si Lenton no desviaba un momento su atención, le sería imposible meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, empuñar el arma, sacarla, y disparar sobre él.

Lenton le estaba apuntando y solo tenía que apretar el gatillo.

Y lo haría, en cuanto él realizase el menor movimiento.

—Aún estás a tiempo de hablar. Gurney —dijo Buck Lenton.

El agente apretó los dientes.

—No tengo nada más que decir.

—Como quieras.

Natwick se había detenido ya delante de la mujer policía. Después de colocarle el extremo de su arma en el ombligo, la agarró del cabello y la obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Sabes lo que voy a hacer contigo, rubia...?

Stefanie no respondió.

Natwick, sin soltarle el pelo, le desgarró el vestido de arriba abajo. Stefanie no llevaba sujetador y sus bellos senos quedaron al descubierto, así como las frívolas braguitas de nylon.

Larry pensó que Lenton se distraería ahora, pero desgraciadamente, no fue así y continuó pendiente de él.

—Tu mujer, o lo que sea, lo va a pasar muy mal, Gurney —dijo

Buck Lenton.

El agente siguió callado.

No quería que el cerdo de Natwick maltratase a Stefanie, pero le iba a resultar muy difícil, por no decir imposible, evitarlo.

Natwick estaba paseando ya el extremo de su arma por los pechos desnudos de la mujer policía. La seguía teniendo cogida del cabello y la obligaba a mantener la cabeza doblada hacia atrás.

—¿Qué sientes, preciosa...? —preguntó, con una sonrisa repugnante.

—Nada.

—¿Seguro...?

—Tengo más valor que tú, cobarde.

Natwick le hundió el arma en el seno izquierdo, pero Stefanie no se quejó. Su rostro, eso sí, se contrajo, acusando el dolor.

—¿Sigues sin sentir nada, rubia...?

—Rata asquerosa... —masculló Stefanie.

Natwick dejó de presionar con el extremo de la pistola y deslizó el arma cuerpo abajo, hasta alcanzar las picaras braguitas. Presionó allí también, obligando a la mujer policía a arquearse, lo que provocó las risas de Drake, Deborah y Lenton.

—¡Continúa, Natwick! —pidió el dueño del hotel.

—¡Penétrala! —dijo la rubia platino.

—¡Seguro que eso la hace cantar! —exclamó Lenton, que ahora sí se había distraído un instante.

Fue suficiente para que Larry Gurney extrajera la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y entrara en acción.

\* \* \*

Buck Lenton vio que el agente del FBI se movía y volvió a prestarle atención, descubriendo que había empuñado una pistola. Pero lo descubrió demasiado tarde.

Sí, porque cuando quiso apretar el gatillo, Larry Gurney estaba accionando ya el de su pistola, que escupió dos proyectiles.

Lenton los recibió en el tórax y aulló como un perro, al tiempo que soltaba su Luger. Natwick se giró en el acto.

—¡Maldito! —rugió, retirando su arma de la intimidad de la mujer policía.

Quiso utilizarla contra el agente del FBI, pero Stefanie, que tenía muchas ganas de ocuparse de él, le asestó un golpe en los riñones, con el canto de la mano.

Natwick dio un grito y perdió la pistola.

Eso, de momento, le salvó la vida, porque Larry le estaba apuntando ya con su arma, pero no quiso disparar sobre un hombre desarmado.

Stefanie continuó con el tipo.

Le golpeó en la nuca, en el espinazo, en los hombros, y después le hizo dar la vuelta, para asestarle un rodillazo en el bajo vientre, como ya hiciera en la *suite* 525. Naturalmente, al llover sobre mojado, fue mucho peor, y Natwick bramó como si lo estuvieran asando vivo.

Cayó al suelo, claro.

Y se revolcó por él como si se hubiera vuelto loco.

En una de las vueltas, su mano derecha tropezó casualmente con la pistola que poco antes perdiera y el tipo no dudó en empuñarla.

—¡Muere, perra! —Ladró, apuntando a la mujer policía.

Larry se le anticipó y le alojó un par de plomos en el cuerpo, acabando con su cochina vida.

—Gracias. Larry —dijo Stefanie con una ligera sonrisa.

—De nada, querida. —Llamaré a la policía.

—Sí, que vengan cuanto antes.

Stefanie cogió el teléfono e hizo la llamada, mientras Larry vigilaba a Ralph Drake y Deborah Mersey, que volvían a verse irremisiblemente perdidos.

## EPÍLOGO

Mientras la policía llegaba, Stefanie obligó a Deborah a despojarse de su vestido y se lo puso ella, entregándole a la rubia platino el suyo, desgarrado por Natwick.

—Si quieres, te lo pones, y si no, sigue en bragas. Ya no me importa que enseñes tus tetas —dijo.

Deborah se lo puso y se cubrió como pudo.

Poco después, la policía llegaba y se hacía cargo de Ralph Drake y la rubia platino. Larry y Stefanie revelaron entonces su verdadera personalidad e informaron a los agentes locales de la misión que les había sido encomendada.

En la caja fuerte de Ralph Drake, había pruebas más que suficientes de los chantajes que se venían realizando en el hotel, así que Drake no pudo negar nada.

Como la misión había terminado, Larry y Stefanie recogieron sus cosas y se trasladaron a otro hotel. Una vez instalados, y mientras Stefanie atendía los golpes recibidos por el agente del FBI, que estaba con el torso desnudo, preguntó:

—¿Cuándo informarás a Howard Corbett, Larry?

—Por la mañana.

—Querrá que regresemos a Washington.

—Nos negaremos. Estamos gozando de nuestra luna de miel, y mientras no termine, no volveremos a casa.

—Corbett no querrá que el Departamento siga corriendo con los gastos de nuestra estancia en Atlantic City.

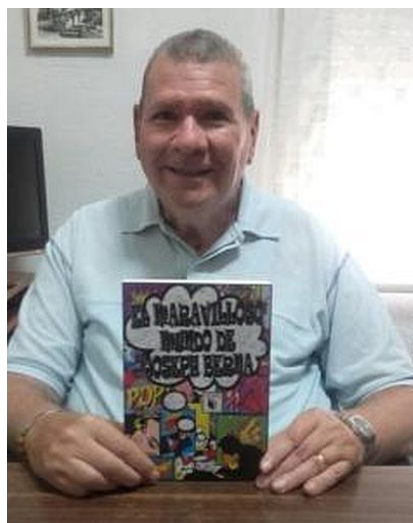
—No importa. Ganamos casi treinta y cinco mil dólares en la ruleta, así que tenemos más que suficiente.

—Eso es verdad —sonrió Stefanie.

—¿Has terminado ya de curarme?

—¿Qué prisa tienes?  
El agente la rodeó con sus brazos.  
—Estoy deseando hacer el amor contigo.  
—¿A pesar de tu estado...?  
—Me encuentro bien. Y te lo voy a demostrar.  
—Espera un segundo.  
—Pero no más, ¿eh?  
—Sólo quiero saber si nos vamos a divorciar o no.  
Larry la miró a los ojos.  
—¿Te gusta ser la señora Gurney?  
—Sí, mucho —respondió Stefanie.  
—Y a mí que lo seas, así que ni hablar del divorcio —dijo el agente del FBI, y la besó con pasión.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».